

Las Vacaciones del Pequeño

Nicolás

Sempe/ Goscinny



Ha finalizado un estu­dioso año escolar. Nicolás ha ganado el Premio de Elocuencia, que en él recompensa más la cantidad que la calidad, y se ha separado de sus condiscípulos, que se llaman Alcestes, Rufo, Eudes, Godofredo, Majencio, Joaquín, Cíotario y Agnan. Una vez guardados los libros y los cuadernos, ahora hay que pensar en las vacaciones.

Y, en el caso de Nicolás, la elección del sitio donde se van a pasar las vacaciones no es un problema, porque...

Papá es quien decide todos los años, o sea, el pasado y el otro, porque antes es demasiado antiguo y no me acuerdo, papá y mamá discuten mucho para saber a dónde vamos de vacaciones, y después mamá se echa a llorar y dice que se va a ir con su mamá, y yo lloro también porque quiero mucho a la abuela, pero en su casa no hay playa, y al final se va a donde quiere mamá y no es a casa de la abuela.

Ayer, después de cenar, papá nos miró con pinta de enfadado y dijo:

—Oí­dme bien! Este año no quiero discusiones, ¡decido yo! Iremos al Sur. Tengo la dirección de un chalet que alquilan en Plage-les-Pins. Tres habitaciones, agua corriente, electricidad. No quiero saber nada de ir al hotel y de comer esa horrible comida.

—Muy bien, querido —dijo mamá—, me parece una excelente idea.

—Viva! —dije yo, y me puse a correr alrededor de la mesa porque cuando uno está contento es difícil quedarse sentado.

Papá abrió mucho los ojos, como hace cuando está extrañado, y dijo:

—A? ¡Bueno!

Mientras mamá quitaba la mesa, papá fue a buscar sus gafas de pesca submarina en el armario.

—Ya verás, Nicolás —me dijo papá—, vamos a hacer expediciones de pesca fabulosas nos otro dos. /  
A mi me da un poco de miedo, porque aún no sé nadar muy bien; si me colocan bien en el agua, hago la plancha; pero papá me dijo que no me preocupara, que iba a enseñarme a nadar y que él había sido campeón interregional de natación cuando era más joven, y que aún podía batir récords si tenía tiempo de entrenarse.  
—Papá me va a enseñar a hacer pesca submarina! —le dije a mamá cuando volvió de la cocina.  
—Está bien, querido —me contestó mamá—,



aunque parece que en el Mediterráneo' no hay mucha pesca. Hay demasiados pescadores.  
—No es cierto! —dijo papá; pero mamá le pidió que no la desmintiera delante del niño; si decía eso era porque lo había leído en un periódico; y después se puso con su calceta, una calceta que ha empezado hace montones de días,  
—Pero entonces —le dije a papá—, ¡vamos a parecer dos payasos bajo el agua, si no hay peces!  
Papá fue a dejar las gafas en el armario, sin decir nada.

Yo no estaba muy contento; es cierto, cada vez que voy de pesca con papá pasa lo mismo; no traemos nunca nada. Papá volvió y tomó su periódico.

—Entonces —dije—, ¿dónde hay peces para la pesca submarina?

—Pregúntale a tu madre —me contestó papá—, es una experta.

—Hay en el Atlántico, querido —me dijo mamá. Yo pregunté si el Atlántico estaba lejos de donde íbamos, pero papá me dijo que si estudiara un poco más en la escuela no haría preguntas como ésa, y eso no es justo, porque en la escuela no tenemos clases de pesca submarina; pero no dije nada, vi que papá no tenía demasiadas ganas de hablar.

—Habrás que hacer una lista de las cosas que hay que llevar —dijo mamá.

—Ah! ¡No! —gritó papá—. Este año no vamos a irnos disfrazados de camión de mudanzas. Trajes de baño, pantalones cortos, vestidos sencillos, algún jersey...

—Y, además, tarteras, la cafetera eléctrica, la manta roja y un poco de vajilla —dijo mamá.

Papá se levantó de pronto, muy enfadado, abrió la boca, pero no pudo hablar, porque mamá lo hizo en su lugar.

—Sabes perfectamente —dijo mamá— lo que nos contaron los Blédurt cuando alquilaron un chalet el año pasado. Por toda vajilla, había tres platos desportillados y, en la cocina, dos tarteras pequeñas, una de las cuales tenía un agujero en el fondo. Tuvieron que comprar allí, a precio de oro, lo que necesitaban.

—Blédurt no sabe arreglárselas —dijo papá. Y volvió a sentarse.

—Es posible —dijo mamá—, pero si quieres una sopa

de pescado no puedo hacerla en una tartera agujereada, incluso si se llega a conseguir pescado.

Entonces yo me eché a llorar, porque es cierto eso, no es nada divertido ir a un mar donde no hay peces, cuando no mucho más lejos están los Atlánticos, abarrotados.

Mamá dejó caer su calceta, me tomó en brazos y me dijo que no tenía que estar triste por culpa de los peces malos y que yo estaría encantado todas las mañanas cuando viera el mar desde la ventana de mi lindo cuarto. —En realidad —explicó papá—, el mar no se ve desde el chalet. Pero no está muy lejos, a dos kilómetros. Era el último chalet que quedaba sin alquilar en Plage-les-Pins.

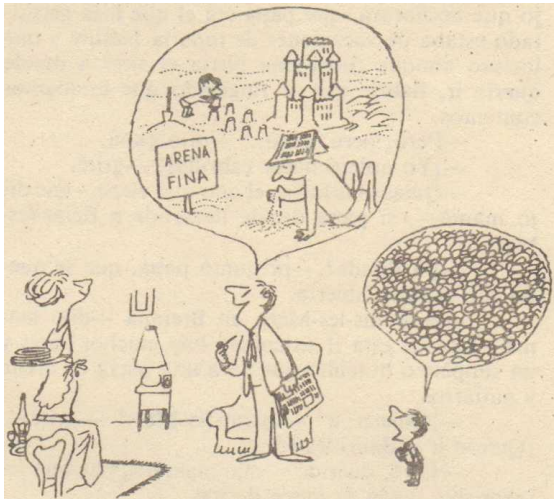
—Claro, querido! —dijo mamá. Y después me besó y fui a jugar en la alfombra con las dos bolitas que le gané a Ludes en la escuela.

—Y la playa, ¿es de guijarros? —preguntó

—No, señora! ¡Nada encantado—. ¡ Es una playa finísima! —Mejor que mejor! —dijo mamá—. Así Nicolás no se pasará todo el tiempo haciendo cabrillas en el agua. Desde que le enseñaste a hacerlas, se ha convertido en una verdadera manía.

Y yo he vuelto a llorar, porque es cierto que de solo

—gritó papá, arena! ¡De arena guijarro en esa



es fenómeno hacer rebotar los guijarros en el agua; consigo que boten hasta cuatro veces, y no es nada justo, al final, que vayamos a ese viejo chalet con tarteras agujereadas, lejos del mar, y donde no hay guijarros ni peces

—Me voy con la abuela! —grité, y di una patada a una de las bolitas de Fudes.

Mamá me tomó de nuevo en brazos y me dijo que no llorara, que papá era el que más necesitado estaba de vacaciones de toda la familia y que incluso aunque fuera una birria el sitio a donde quería ir, habría que ir fingiendo que estábamos contentos.

—Pero, pero, pero... —dijo papá.

—Yo quiero hacer cabrillas! —grité.

—Quizás las hagas el año que viene —me dijo mamá—, si papá decide llevarnos a Bains-lesMers.

—j.A dónde? —preguntó papá, que se quedó con la boca abierta.

—A Bains-Ies-Mers, en Bretaña —dijo mamá—, donde está el Atlántico, hay muchos peces y un simpático hotelillo que da a una playa de arena y guijarros. -

—¡Quiero ir a Bains-les-Mcrs! —grité—. ¡Quiero ir a Bains-les-Mers!

—Pero, querido —dijo *mamá*—, *7iay* que ser razonable, papá es quien decide.

Papá se pasó la mano por la cara, lanzo un suspiro muy gordo y dijo:

—Está bien! ¡Vale! Ya lo he entendido. ¿Cómo se llama tu hotel?

—Bella Orilla, querido —dijo *mamá*.

Papá dijo que bueno, que iba a escribir para ver si aún quedaban habitaciones.

—No vale la pena, querido —dijo *mamá*—, ya está hecho. Tenemos la habitación 29, frente al mar, con cuarto de baño.

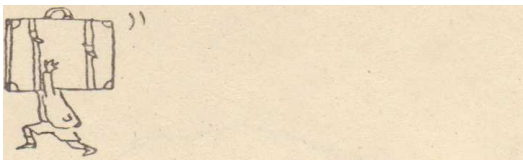
Y *mamá* le pidió a papá que no se moviera, porque quería ver si el jersey que calcetaba le iba bien de largo. Parece que las noches son frescas en Bretaña...



APuesto que el padre de Nicolás había tomado su decisión, sólo quedaba ordenar la casa, poner las fundas a los muebles, retirar las alfombras, descolgar las cortinas y hacer las maletas, sin olvidar los huevos duros y los plátanos que había que llevar para comer en el

departamento.

El viaje en tren fue muy bueno, aunque la madre de Nicolás tuvo que oír algún reproche por haber metido la sal de los huevos duros en la maleta marrón que iba facturada. Llegan al hotel Bella Orilla, en Bains-les-Mers. La playa está allí, y las vacaciones pueden comenzar...



En la playa se pasa muy bien. Hice montones de amigos. Está Blas, y también Fructuoso, y Mamerto, ¡que es un idiota! E Ireneo, y Fabricio y Cosme, y también Yves, que no está de vacaciones porque es del pueblo, y jugamos juntos, nos peleamos, no nos hablamos y es terriblemente estupendo.

((Ve a jugar tranquilamente con tus amiguitos, me dijo papá esta mañana. Yo voy a descansar y a tomar un baño de sol.)) Y después empezó a echarse aceite por todas partes y bromeaba diciendo: «Ah! ¡Cuando pienso en mis compañeros que se han quedado en la oficina!»

## La playa es fenómeno

Nosotros empezamos a jugar con el balón de Ireneo. «Id a jugar más lejos», dijo papá, que había acabado de untarse, y ¡bang!, el balón cayó en la cabeza de papá. La cosa no le gustó a papá. Se enfadó una barbaridad y dio una gran patada al balón, que fue a caer muy lejos, en el agua. Un tiro terrible. «Ya está bien, no!», dijo papá. Ireneo se marchó corriendo y volvió con su papá. Es terriblemente alto y gordo el padre de Ireneo, y no parecía muy contento.

—Es él! —dijo Ireneo, señalando a papá con el dedo.

—,Ha sido usted —dijo el papá de Ireneo a mi papá— quien ha tirado al agua el balón del crío?

—Claro que sí! —contestó mi papá al papá de Ireneo—, pero antes me habían dado en la cara con ese balón.

—Los niños vienen a la playa a divertirse

—dijo el papá de Ireneo—. Si no le gusta, quédese



en su casa. Y, de momento, hay que ir a buscar ese

balón.

—No le hagas caso —dijo mamá a papá Pero papá prefirió hacer caso.

—Bueno, bueno —dijo—, voy a ir a buscar ese condenada balón.

—Sí —dijo el papá de Ireneo—, yo, en su lugar, también iría.

A papá le llevó su tiempo buscar el balón, que el viento había empujado muy lejos. Tenía pinta de cansado, papá, cuando le devolvió el balón a Ireneo, y nos dijo:

—Oíd, niños, quiero descansar tranquilo. De modo que, ¿por qué no jugáis a otra cosa en vez de jugar al balón?

—Bueno, ¿a qué?, por ejemplo. Dígame

—preguntó Mamerto. ¡Qué idiota es!

—Y yo qué sé! —contestó papá—, haced hoyos, es divertido hacer hoyos en la arena.

Nos pareció que era una idea formidable y cogimos nuestras palas, mientras papá quiso empezar a untarse de nuevo, pero no pudo, porque no quedaba aceite en el frasco. «Voy a comprarlo a la tienda, al final del paseo», dijo papá, y mamá le preguntó por qué no se quedaba quieto un rato.

Empezamos a hacer un hoyo. Un hoyo estupendo, grande y hondo. Cuando papá volvió con su frasco de aceite, lo llamé y le dije:

—,Has visto nuestro hoyo, papá?

—Es muy bonito, querido —dijo papá—. Y trató de destapar el frasco de aceite con los dientes. Y después vino un señor con una gorra blanca y nos preguntó quién nos había permitido hacer aquel hoyo en la playa. «¡El, señor!», dijeron todos mis compañeros, señalando

a papá. Yo estaba muy orgulloso, porque creía que el señor de la gorra iba a felicitar a papá. Pero el señor no tenía una pinta muy satisfecha.

—,Está usted loco, no? ¿Cómo se le ocurre darles a los niños semejantes ideas? —preguntó el señor. Papá, que seguía atareado destapando su nuevo *frasco* de aceite, dijo: <Qué pasa?> Y entonces el señor de la gorra se puso a gritar que era increíble lo inconsciente que resultaba la gente, que uno podía romperse una pierna al caer en el hoyo, y que con la marea alta la gente que no sabía nadar perdería pie y se ahogaría en el hoyo, y que la arena podía hundirse y que uno de nosotros podría quedarse en el hoyo, y que podían pasar montones de cosas horribles en el hoyo y que era absolutamente preciso rellenar el hoyo.

—Bueno —dijo papá—, rellenad el hoyo, niños.

Pero mis compañeros no querrán rellenar el hoyo.

—Hacer un hoyo es divertido —dijo Cosme—, pero rellenarlo, menudo fastidio.

—Vamos, vamos a bañarnos! —dijo Fabricio. Y se marcharon todos corriendo. Yo me quedé porque vi que papá tenía pinta de tener problemas.

—Qué niños! ¡Qué niños! —gritó papá, pero el señor de la gorra dijo:

—Deje en paz a los niños y rellene usted mismo ese hoyo a toda prisa! —y se marchó.

Papá lanzó un gran suspiro y me ayudó a rellenar el hoyo. Como sólo teníamos una pala pequeña, nos llevó mucho tiempo y en cuanto acabamos mamá dijo que era hora de volver a comer al hotel, y que había que darse prisa, porque cuando se llega tarde, no le sirven a uno en el hotel. «Recoge tus cosas, tu pala, tu cubo, y yente», me dijo mamá. Yo tomé mis cosas, pero no encontré mi cubo. «No importa, vámonos», dijo papá.

Pero yo me eché a llorar más fuerte. ¡Un cubo fenómeno, amarillo y rojo y que hace unos flanes terribles! «No nos pongamos nerviosos, dijo. papá, ¿dónde dejaste ese cubo?» Yo dije que quizás estaba en el fondo del hoyo que acabábamos de rellenar. Papá me miró como si quisiera darme un azote; entonces me puse a llorar más fuerte y papá dijo que bueno, que iba a buscar el cubo, pero que no le diera más la lata. ¡Mi papá es el más amable de todos los papás! Como seguíamos sin tener más que la pala pequeña para los dos, no pude ayudar a papá, y lo miraba trabajar cuando olmos un vozarrón detrás de nosotros: «Es que me quieren tomar el pelo?» Papá lanzó un grito, nos volvimos y vimos al señor de la gorra blanca. «Creo recordar que le había prohibido hacer hoyos», dijo el señor. Papá le explicó que buscaba mi cubo. Entonces el señor le dijo que de acuerdo, pero a condición de que después rellenara el agujero. Y se quedó para vigilar a papá.



hotel con Nicolás. Reúnete con nosotros cuando hayas encontrado el cubo.» Y nos marchamos. Papá llegó muy tarde al hotel, estaba cansado, no tenía hambre y se fue a acostar. No había encontrado el cubo, pero la cosa no es grave porque me di cuenta de que lo había dejado en mi cuarto. Por la tarde hubo que llamar a un médico a

causa de las quemaduras de papá. El médico dijo que papá tenía que quedarse en la cama durante dos días.

((Oye, le dijo mamá a papá, me vuelvo al hotel



—A quién se le ocurre exponerse así al sol  
—dijo el médico—, sin ponerse aceite en el cuerpo!  
—Ay! —dijo papá—. ¡Cuando pienso en los  
compañeros que se han quedado en la oficina!  
Pero ya no bromeaba en absoluto al decir esto.

Por desgracia, a veces ocurre que el sol de Bretaña se va a dar una vueltecita por la Costa Azul. Por eso el dueño del hotel Bella Orilla vigila con inquietud su barómetro, que mide la presión atmosférica de sus huéspedes...

El animador

Estamos de vacaciones en un hotel, hay playa y mar y es fenómeno, salvo hoy, que llueve y no es nada divertido, eso es lo que pasa. Lo más fastidioso cuando llueve es que los mayores no saben entretenernos y nosotros nos ponemos insoportables y se arman líos. Tengo montones de amigotes en el hotel: está Blas, y Fructuoso, y Mamerto, ¡que es un idiota!, é Ireneo, que tiene un papá alto y fuerte, y Fabricio, y también Cosme. Son estupendos, pero no siempre se portan bien. Durante la comida, como era miércoles, había raviolis y escalopes, salvo para el papá y la mamá de Cosme, que siempre toman suplementos y tenían langostinos; yo dije que quería ir a la playa. («Ya estás viendo que llueve —me contestó papá—, no me de la jata. Jugarás en el hotel con tus amiguitos.» Yo dije qué quería jugar con mis amiguitos, pero en la playa, y entonces' papá me preguntó si quería un azote delante de todos, y como yo no lo quena, me eché a llorar. En la mesa de Fructuoso, también se lloraba de lo lindo, y después la mamá de Blas le dijo al papá de Blas que había sido una idea estupenda venir a pasar las vacaciones a un sitio donde llueve sin parar y el papá de Blas se puso a gritar que la idea no había sido suya, que la última idea que había tenido en su vida había sido la de casarse. Mamá dijo a papá que no había que hacer llorar al niño, papá gritó

que empezaba a estar hasta las narices, e Ireneo dejó caer al suelo su flan y su papá le dio un bofetón. Había un ruido bárbaro en el comedor y vino el dueño del hotel; dijo que iban a servir el café en el salón, que iba a poner discos y que había oído por la radio que mañana iba a hacer un sol terrible.

Ya en el salón, el señor Lanternau dijo:

(«Voy a ocuparme de los niños!») El señor Lanternau es un señor muy amable, al que le encanta gastar bromas y hacerse amigo de todos. Da montones de palmadas en los hombros de la gente, y a papá eso no le gustó mucho, pero es porque estaba quemada, por el sol cuando el señor Lanternau le dio su



palmada. La noche en que Lanternau se disfrazó con una cortina y una pantalla, el dueño del hotel le explicó a papá que el señor Lanternau era un verdadero animador. «A mí no me hace gracia», contestó papá, y se fue a acostar. La señora Lanternau, que está de vacaciones con el señor Lanternau, nunca dice nada, tiene pinta de cansada.

El señor Lanternau se puso de pie, levantó un brazo y gritó:



—Chicos! ¡A. mis órdenes! ;Todos detrás de mi en fila india! ¿Preparados? En dirección al comedor, ¡adelante, marchen! Un, dos, un, dos, un, dos —y el señor Lanternau salió hacia el comedor, de donde volvió en seguida, no muy contento.

—Qué? —preguntó—. ¿Por qué no me habéis seguido?  
—Porque nosotros queremos ir a jugar a la playa —dijo Mamerto (qué idiota es!).

—No, no —dijo el señor Lanternau—, ¡hay que estar loco para ir a empaparse de lluvia a a playa! Venid conmigo, vamos a pasarlo mucho mejor que en la playa.: Ya veréis, después querréis que llueva siempre... —y el señor Lanternau se puso a soltar grandes carcajadas.

—i.Vamos? —le pregunté a Ireneo.

—Bah! —contestó Ireneo, y entonces fuimos con los demás.

En el comedor, el señor Lanternau apartó las mesas y las sillas y dijo que íbamos a jugar a la gallina ciega.

<Quién queda?», preguntó el señor Lanternau. Y nosotros le dijimos que quedaba él. Entonces dijo que bueno, y pidió que le vendaran los ojos con un pañuelo, y cuando vi nuestros pañuelos prefirió tomar el suyo. Después de eso, gritaba



con los brazos extendidos: <Eh! ¡Que os atrapo! ¡Que os atrapo! ¡Eh, eh!)>, y lanzaba montones de grandes carcajadas.

Yo soy formidable a las damas, por eso me dio la risa cuando Blas dijo que él podía ganarle a cualquiera a las damas, que era campeón. A Blas no le gustó que me riera y me dijo que ya que yo era tan listo, íbamos a verlo, y nos fuimos al salón a pedirle el juego de damas al dueño del hotel y los demás nos siguieron para saber quién era el mejor. Pero el dueño del hotel no quiso prestarnos las damas; dijo que el juego era para los mayores y que íbamos a perderle las fichas. Allí estábamos todos discutiendo, cuando se oyó un vozarrón detrás de nosotros: <No vale salir del comedor!>- Era el señor Lanternau que venía a buscarnos y que nos encontró porque ya no tenía los ojos vendados. Estaba muy rojo y la voz le temblaba un poco, como la de papá aquella vez que me vio haciendo pompas de jabón con su pipa

nueva. - -

—Bien —dijo el señor Lanternau—; como vuestros papás se han ido a dormir la siesta, vamos a quedarnos en el salón y a divertirnos sin hacer ruido. Sé un juego formidable; cada uno toma un lápiz y un papel, y yo digo una letra y hay que escribir cinco nombres de países, cinco nombres de animales y cinco nombres de ciudades. El que pierde paga una prenda.

El señor Lanternau fue a buscar papel y lápices, y nosotros nos fuimos al comedor a jugar al autobús con las sillas. Cuando el señor Lanternáu vino a buscarnos, creo que estaba un poco enfadado. <Todos al salón!», dijo.

—Vamos a comenzar por la letra <(A)> —dijo el señor Lanternau—. ¡Manos a la obra! —y se puso a escribir a todo gas.

—La mina de mi lápiz se ha roto, ¡no es justo! —dijo Fructuoso, y Fabricio gritó:

—Señor! Cosme está copiando!

—No es cierto, cochino embustero! —contestó Cosme, y Fabricio le dio una bofetada. Cosme se quedó un poco extrañado y después empezó a dar patadas a Fabricio, y después Fructuoso quiso quitarme mi lápiz, justo cuando yo iba a escribir «Austria», y le di un puñetazo en la nariz, entonces Fructuoso cerró los ojos y empezó a dar bofetadas por todas partes, e Ireneo recibió una y después Mamerto preguntó gritando: «¡Eh! ¡Chicos! ¿Avila es un país?» Hacíamos la mar de ruido y era fenomenal, como un recreo, cuando de pronto, ¡bang!, cayó al suelo un cenicero. Entonces el dueño del hotel vino corriendo, se puso a gritar y a regañarnos y nuestros papás y nuestras mamás vinieron al salón y se pelearon con nosotros y con el dueño del hotel. El señor

Lanternau se había marchado.

Lo encontró la señora Lanternau por la noche, a la hora de la cena. Parece que el señor Lanternau habla pasado la tarde empapándose de lluvia, sentado en la playa.

¡Es cierto que el señor Lanternau es un buen animador!  
¡Papá, cuando lo vio volver al hotel, se rió tanto que no pudo comer! ¡Y eso que el miércoles por la noche toca sopa de pescado!

El hotel Bella Orilla tiene vistas sobre el mar, cuando uno se pone de pie en el borde de la bañera, aunque hay que tener cuidado para no resbalar. Cuando hace bueno, y si uno no ha resbalado, se distingue con toda claridad la misteriosa isla de las Brumas, donde, según un folleto editado por Turismo, estuvo a punto de ser encarcelado la Máscara de Hierro. Se puede visitar el calabozo que habría ocupado, y comprar recuerdos en el chiringuito.

La isla de las Brumas

Es formidable, vamos a hacer una excursión en barco. El señor y la señora Lanternau vienen con nosotros, y eso no le ha gustado demasiado a papá, que no estima mucho al señor Lanternau, creo.. Y no entiendo por qué. El señor Lanternau, que pasa sus vacaciones en el mismo hotel que nosotros, es muy divertido y trata siempre de entretener a la gente. Ayer llegó al comedor con una nariz postiza y un gran bigote, y le dijo al dueño del hotel que el pescado no estaba fresco. A mí eso me divirtió muchísimo. Cuando mamá le dijo a la señora

Lanternau que íbamos de excursión a la isla de las Brumas, el señor Lanternau dijo: «Excelente idea! Iremos con ustedes y así no se aburrirán.» Y después papá le dijo a mamá que no había estado muy espabilada al decirle aquello y que ese animador de pega nos iba a estropear el paseo.



Salimos del hotel por, la mañana con una cesta de «picnic» llena de filetes empanados, de bocadillos, de huevos duros,-de plátanos y de sidra. Era fenómeno. Y después llegó el señor Lanternau con una gorra blanca de marino,, yo quiero una como ésa, y dijo: «Qué? ¿Está la tripulación lista para embarcar? ¡Adelante! Un, dos, un, dos, dii, dos..» Papá dijo algo en voz baja y mamá lo miró con cara de pocos amigos.

En el puerto, cuando vi. el barco, me quedé un poco desilusionado, porque era muy pequeño. Se llamaba <(La Juana» y el patrón tenía una gran cabeza muy roja con una boina encima y no llevaba un uniforme con montones de galones de oro, como yo esperaba, para contarlo en la escuela a mis compañeros cuando vuelva de ‘las vacaciones pero no importa, lo contaría igual después de todo, ¿qué más da?

—Qué, capitán —dijo el señor Lanternau—, está todo preparado a bordo?

—Son ustedes los turistas para la isla de las Brumas? — preguntó el patrón, y después subimos a su barco. El señor Lanternau se quedó en pie y gritó:

—Larguen las amarras! ¡Icen las velas!

¡Adelante a toda máquina!

—No se mueva tanto —le dijo papá—, va a hacernos caer al agua.

—Oh!, sí —dijo mamá—, sea usted. prudente señor Lanternau. —Y después soltó una risita me agarró muy fuerte la mano y me dijo: «No tengas miedo, cariño.» Pero yo, como tengo que contarle en la escuela a la vuelta,, nunca tengo miedo.

—No tema, mi querida señora —dijo el señor Lanternau a mamá—; ¡llevan ustedes a bordo a un viejo marino!

—Ha sido usted marino? —preguntó papá.

—No —contestó el señor Lanternau—, pero en mi casa, encima de la chimenea, ¡tengo un velero en una botella!

—y lanzó una gran carcajada y le dio una buena palmada en la espalda a papá.

El patrón del barco no izó las velas, como había pedido el señor Lanternau, porque no había velas en el barco. Tenía un motor que hacía «potpot-pot» y que olía como el autobús que pasa por delante de nuestra casa. Salimos del puerto y había olitas y el barco se movía, era realmente fenómeno.

—,Estará tranquilo el mar? —preguntó papá al patrón del barco—. ¿No hay tormenta en el horizonte?

El señor Lanternau empezó a bromear:

—,Es que tiene usted miedo de marearse?

—le preguntó a papá.

—De marearme? —contestó papá—. Está usted de broma. Soy un lobo de mar. Le apuesto a que se marea antes que yo, Lanternau.

—Apostado! —dijo el señor Lanternau, y le dio una gran palmada en la espalda a papá, y papá puso una cara como si quisiera darle una torta en la cara al señor Lanternau.

—Qué es el mareo, mamá? —pregunté.

—Hablemos de otra cosa, cariño, si te parece.—me contestó mamá.

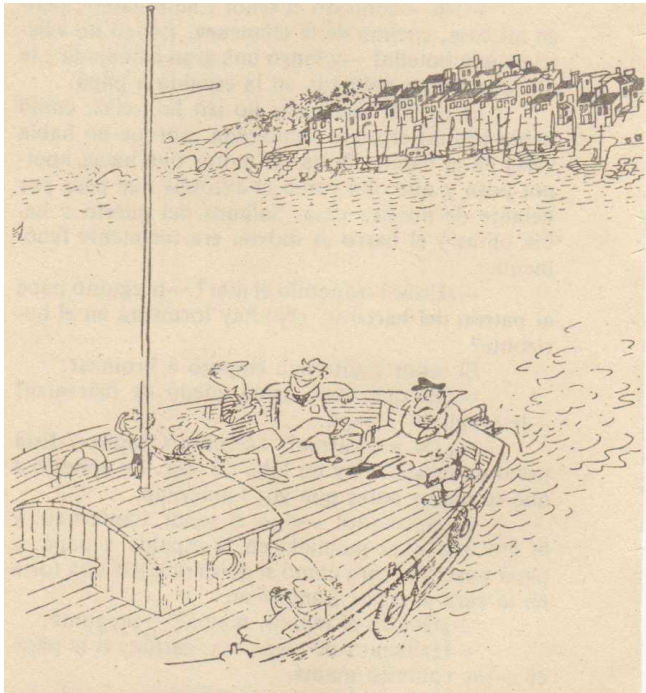
Las olas se hacían más fuertes y era cada vez más fenómeno. Desde donde estábamos se veía el hotel, que parecía muy chi quitito, y reconocí la ventana que da a nuestra bañera, porque mamá había dejado a secar su bañador rojo. Para ir a la isla de las Brumas hace falta una hora, parece. ¡Es un viaje estupendo!

—Oiga —dijo el señor Lanternau a papá—, sé un chiste que le va a divertir. Ahí va: era dos vagabundos que tenían ganas de comer espaguettis...

Desgraciadamente no pude enterarme de la continuación del chiste, porque el señor Lanternau continuó contándolo al oído de papá.

—No está mal —dijo papá—. ¿Sabe usted el del médico que atiende un caso de indigestión? —y como el señor Lanternau no lo sabía, papá se lo contó al oído. ¡Son unos pelmas! Mamá no escuchaba, miraba hacia el hotel. La señora Lanternau, como de costumbre, no decía nada. Siempre tenía pinta de cansada.

Ante nosotros estaba la isla de Las Brumas, aún se encontraba lejos y era muy bonita con toda



la espuma blanca de las olas. Pero el señor Lanternau no miraba la isla, miraba a papá y, vaya idea, se empeñó en contarle lo que había comido en un restaurante antes de salir de vacaciones. Y papá, al que normalmente no le gusta charlar con el señor Lanternau, le contó todo lo que había comido en el almuerzo de su primera comunión. A mi empezaban a darme hambre con sus historias. Quise pedirle a mamá que me diera un huevo duro, pero no me oía, porque tenía las manos en las orejas, sin duda a causa del viento.

—Está usted algo pálido —le dijo el señor Lanternau a papá—, le sentaría bien un tazón de grasa de cordero tibia.

—Sí —dijo papá—, no estaría mal con ostras cubiertas de chocolate caliente.

La isla de las Brumas estaba ya muy cerca.

—Vamos a desembarcar en seguida —dijo el señor Lanternau a papá—. ¿A que no se come usted ahora mismo un filete empanado frío, o un bocadillo, antes de

bajar del barco

—Claro que sí! —contestó papá—. ¡El aire del mar abre el apetito! Y papá cogió la cesta de «pic-nic» y se volvió hacia el patrón del barco:

—Quiere un bocadillo antes de atracar, patrón? —preguntó papá.

Pues bien, nunca llegamos a la isla de las Brumas, porque el patrón del barco, cuando vio el bocadillo, se puso muy malo y hubo que volver a toda velocidad al puerto.



:

Un nuevo profesor de gimnasia ha hecho su aparición en la playa, y todos los padres se han apresurado a apuntar a sus hijos a las clases. Han pensado, con su sabiduría de padres, que tener ocupados a los niños una hora diaria sería una gran cosa para todos.

La gimnasia

ayer tuvimos un nuevo profesor de gimnasia.

—Me llamo Héctor Duval —nos dijo—. ¿Y vosotros?

—Nosotros, no —contestó Fabricio, y la cosa nos hizo morirnos de risa.

Yo estaba en la playa con todos los amigotes del hotel: Blas, Fructuoso. mamerto, ¡qué idiota es!, Ireneo, Fabricio y Cosme. Había montones de otros tipos para la clase de gimnasia, pero son del hotel del Mar y del hotel de la Playa, y a nosotros, los del Bella Orilla, no nos gustan mucho.

El profesor, cuando acabamos de reírnos, dobló los brazos y sacó dos grandes montones de músculos.

----Os gustaría tener unos bíceps como éstos? — preguntó el profesor.

—Bah! —contestó Ireneo.

—No creo que sea nada bonito —dijo Fructuoso, pero Cosme dijo que, después de todo, ¿por qué no?, que le gustaría tener unos chismes así en los brazos para asombrar a sus compañeros de escuela. Cosme me pone nervioso, siempre quiere exhibirse. El profesor dijo: ‘—Pues bien, si sois buenos y seguís bien las clases de gimnasia, al regreso tendréis todos músculos así.

Entonces el profesor nos pidió que nos pusiéramos en fila y Cosme me dijo:

—A que no sabes dar volteretas como yo? Y dio una voltereta. Me moría de risa, porque soy formidable en las volteretas, y se lo demostré.

—Yo también sé! ¡Yo también sé! —dijo Fabricio, pero él sí que no sabía. El que las daba bien era Fructuoso,

mucho mejor que Blas, en todo caso. Y allí estábamos todos, dando volteretas por todas partes, cuando oímos unos grandes pitidos del silbato.

—Qué? ¿Acabaréis de una vez? —gritó el



profesor—. Os he dicho que os pusierais en fila, ¡tenéis todo el día para hacer el payaso!

Nos pusimos en fila para no armar más líos, y el profesor nos dijo que iba a enseñarnos qué teníamos que hacer para tener montones de músculos por todas partes. Levantó los brazos y los bajó, los levantó y los bajó, los levantó y uno de los tipos del hotel del Mar nos dijo que nuestro hotel era una birria.

- -No es cierto! —gritó Ireneo—. ¡Nuestro bote es fenómeno! ¡El vuestro si que es espantosamente feo!  
—en el nuestro —dijo un tipo del hotel de la



Playa— hay helado de chocolate todas las noches.

—Bah! —dijo uno de los del hotel del Mar—, nosotros también lo tomamos a mediodía, y el jueves había tortitas con mermelada.

—Mi papá —dijo Cosme— pide siempre suplementos, y el dueño del hotel le da todo lo que quiere.

—Mentiroso! ¡No es cierto! —dijo un tipo del hotel de la Playa.

—Va a durar mucho esa conversacioncita? —gritó el profesor de gimnasia, que ya no movía los brazos porque los había cruzado. Lo que se movía terriblemente eran los agujeros de su nariz, pero no creo que haciendo eso se consigan músculos.

El profesor se pasó la mano por la cara y después nos dijo que más tarde veríamos los movimientos de brazos, que para empezar íbamos a hacer juegos. ¡Es fenómeno el profesor!

—Vamos a hacer carreras —dijo—. Poneos en fila. Saldréis al toque del silbato. El primero que llegue a la sombrilla de allá abajo, será el ganador. ¿Preparados? —

y el profesor dio un pitido. El único que salió fue Mamerto, porque nosotros estábamos mirando la concha que Fabricio había encontrado en la playa, y Cosme nos explicó que él había encontrado otra mucho más grande y que iba a regalársela a su papá para que se hiciera un cenicero. Entonces el profesor tiró su silbato al suelo y lo pisoteó montones de veces. La última vez que vi a alguien tan enfadado fue en la escuela, cuando Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, se enteró de que había quedado segundo en el examen de aritmética..

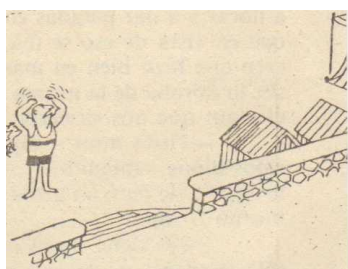
—Es que no os vais a decidir a obedecerme? —gritó el profesor.

—Por qué? —dijo Fabricio—. Ibamos a salir para su carrera, señor, ¿qué prisa hay?

El profesor cerró los ojos y los puños y después levantó sus agujeros de la nariz, que se movían, hacia el cielo. Cuando bajó la cabeza, se puso a hablar muy lentamente y muy suavemente.

—Bueno —dijo—. Volveremos a empezar. Preparados para la salida.

—Ah, no! —gritó Mamerto—. ¡Es una injusticia! ¡Yo he ganado, llegué el primero a la sombrilla! ¡No es justo y se lo diré a papá! —y se puso



a llorar y a dar patadas en la arena, y después dijo que en vista de eso se iba, y se marchó llorando y creo que hizo bien en marcharse, porque el profesor lo miraba de la misma manera que papá miraba el ragut que nos sirvieron ayer a la cena.

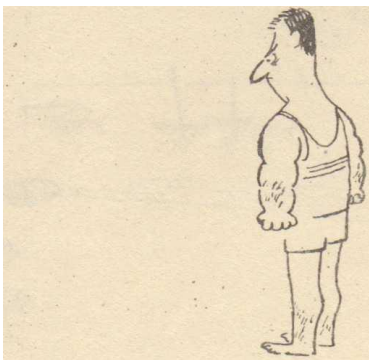
—Hijos míos —dijo el profesor—, mis queridos niños, amiguitos.:. Al que no haga lo que yo le diga... ¡le daré un azote del que no se olvidará en mucho tiempo!

—No tiene usted derecho —dijo alguien—; sólo mi-papá, mi mamá, mi tío y mi abuelo tienen derecho a .darme azotes.

\_Quién ha dicho eso? —preguntó el profesor.

—Ese! —dijo Fabricio, señalando a un tipo del hotel de la Playa, un tipo bajito.

—No es cierto, ¡cochino embustero! —dijo el tipo bajito; y Fabricio le tiró arena a la cara, el tipo bajito le *arreó* una bofetada increíble. Yo Creo que el tipo bajito debía de haber hecho gimnasia, y Fabricio se quedó tan sorprendido que



se olvidó de llorar. Entonces todos empezamos a pegarnos, pero los del hotel del Mar y los del hotel de la Playa son unos traidores.

Cuando acabamos de pegarnos, el profesor, que estaba sentado en la arena, se levantó y dijo:

—Bien. Vamos a pasar al juego siguiente.

Todos de frente al mar. Cuando dé la señal, ¡todos al agua! ¿Preparados? ¡Ya!

Eso nos gustaba bastante; lo mejor que hay en la playa, además de la arena, es el mar. Corrimos a todo correr y el agua estaba fenómeno y nos salpicamos unos a otros y jugamos a saltar las olas. Cosme gritaba: «Miradme!

¡Miradme! ¡Nado a

cran!,>, y cuando nos volvimos, vimos que el profesor ya no estaba allí.

Y hoy hemos tenido un nuevo profesor de gimnasia.

—Me llamo Julio Martín —nos dijo—, ¿y vosotros?



Las vacaciones prosiguen agradablemente, y el padre de Nicolás no tiene ningún reproche contra el hotel Bella Orilla, salvo el ragut, sobre todo la noche que encontró una concha dentro. Como de momento no hay profesor de gimnasia, los niños buscan otras actividades para desahogar su exceso de energías...



El mini-golf

Hoy decidimos ir a jugar al mini-golf, que se encuentra al lado de la tienda donde venden «souvenirs». Es fenómeno el mini-golf, os lo explicaré:

hay dieciocho agujeros y os dan pelotas y palos y hay que meter las pelotas en Los agujeros, dándoles los menos golpes posibles. Para llegar a los agujeros hay que pasar por castillitos, ríos, zigzag, montañas, escaleras: ¡es formidable! Sólo el primer agujero es fácil.

Lo malo es que el dueño del mini-golf no nos deja jugar si no vamos acompañados por una persona mayor.

Entonces, con Blas, Fructuoso, Mamerto, ¡qué idiota es!, Ireneo, Fabricio y Cosme, que son mis amigos del hotel, fuimos a pedirle a papá que viniera con nosotros al mini-golf.

—No —dijo papá, que leía su periódico en la playa.

—Ande! ¡Sea bueno por una vez! —dijo Blas.

—Ande! ¡Ande! —gritaron los otros, y yo me eché a llorar y dije que como no podía jugar al mini-golf tomaría un patín de pedales y me iría muy lejos, lejísimos, y no me volverían a ver.

—No puedes —me dijo Mamerto, ¡qué idiota es!—.

Para alquilar un patín tienes que ir acompañado por una persona mayor.

— Bah! —dijo Cosme, que me pone nervioso porque siempre quiere exhibirse—, yo no necesito un patín, puedo ir muy lejos nadando a crawl.

Todos estábamos allí discutiendo alrededor de papá, y después papá arrugó su periódico, lo tiró en la arena y dijo:

—Está bien, vale, os llevo al mini-golf.

Tengo el papá más amable del mundo. Se lo dije y le di un beso.

El dueño del mini-golf, cuando nos vio, no tenía muchas ganas de dejarnos jugar. Nos pusimos a gritar: <Ande! ¡Ande!)) y entonces el dueño del mini-golf aceptó, pero le dijo a papá que nos *vigilase* bien.

Nos pusimos .en la salida para el primer agujero, ese que es tan fácil, y papá, que sabe montones de cosas, nos enseñó cómo había que agarrar el palo.

—Yo ya sé! —dijo Cosme, y quiso empezar a jugar, pero Fabricio le dijo que no veía por qué iba a ser él primero.

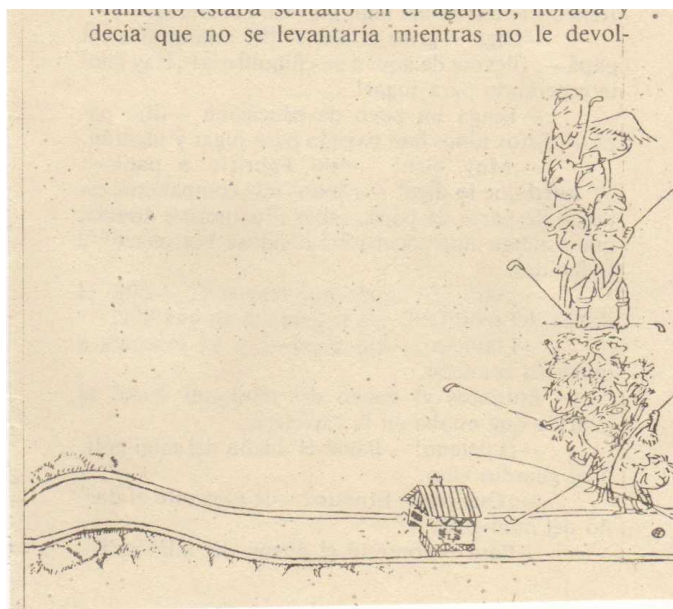
—Iremos por orden alfabético, como en la escuela cuando la maestra nos pregunta —dijo Blas; pero yo no estaba de acuerdo, porque Nicolás viene muy lejos en el alfabeto, y en la escuela es fenómeno, pero en el minigolf no es justo. Y después el dueño del golf vino a decirle a papá que tendríamos que empezar a jugar, porque había gente esperando para usar el mini-golf.

—Va a empezar Mamerto, porque es el más bueno .—dijo papá.

Y llegó Mamerto, dio un terrible golpazo a la pelota, que saltó por el aire, pasó por encima de la verja y fue a dar en un coche que estaba parado en la carretera.

Mamerto se echó a llorar y papá fue a buscar la pelota. Papá tardaba un poco en volver, porque en el coche parado había un señor, y el señor salió del coche e puso a hablar con papá haciendo montones de gestos, y había gente que había ido a mirar y que se reía.

Nosotros queríamos continuar jugando, pero Mamerto estaba sentado en el agújero, flotaba y decía que no se levantaría mientras no le devolvieran



su pelota y que

éramos todos unos malos. Y después papá volvió con la pelota y no parecía muy contento.

—Tratad de tener cuidado —dijo papá.

—De acuerdo —dijo Mamerto—, pásame la pelota.

Pero papá no quiso, dijo a Mamerto que las reglas eran las reglas, que ya jugaría otro día. La cosa no le gustó a Mamerto, que empezó a dar patadas por todas partes y se puso a gritar que todos se aprovechaban de él y que en vista de eso se iba a buscar a su papá. Y se marchó.

—Bueno, me toca —dijo Ireneo.

—No, señor —dijo Fructuoso—, juego yo. Entonces Ireneo le dio con el palo en la cabeza a Fructuoso y Fructuoso le dio una bofetada a ireneo y el dueño del mini-golf vino corriendo.

—Oiga —gritó el dueño del mini-golf a mi papá—, ¡llévese de aquí a su chiquillería! ¡Hay gente esperando para jugar!

—Tenga un poco de educación —dijo papá—. Estos niños han pagado para jugar y jugarán.

—Muy bien! —dijo Fabricio a papá—. ¡Y usted que lo diga! —y todos mis compañeros estaban de parte de papá, salvo Fructuoso e Ireneo, que estaban muy

ocupados dándose bastonazos y bofetadas.

—Ah! ¿Conque esas tenemos? —dijo el dueño del mini-golf. ¿Y si llamo a un guardia?

—Llámelo —dijo papá—, y ya veremos a quién da la razón.

Entonces el dueño del mini-golf *llamó* al guardia que estaba en la carretera.

—Luciano! —llamó el dueño del mini-golf. Y el guardia vino.

—Qué pasa, Ernesto? —le preguntó al dueño del mini-golf.

—Pasa —contestó el dueño del mini-golf— que este individuo impide que juegue la demás gente.

—Sí —dijo un señor—, hace media hora que esperamos para el primer agujero.

—,Y a su edad no tiene cosas más interesantes que hacer? —preguntó papá.

—Qué? —dijo el dueño del minirgolf. ¡Si no le gusta el mini-golf, no fastidie a los que si les gusta!

—Y además —dijo el guardia—, hay un señor que acaba de presentar una denuncia, porque una pelota de mini-golf ha rayado la carrocería de su coche

—Qué? ¿Podemos hacer ese primer hoyo, sí o no? —preguntó el señor que esperaba.

Y después llegó Mamerto con su papá.

—Es ése! —dijo Mamerto á su padre, señalando a mi papá.

—.Qué pasa? —dijo el papá de Mamerto—:

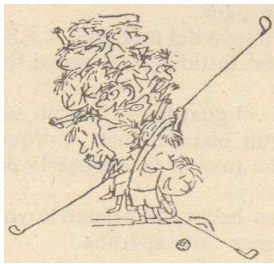
Al parecer usted impide a mi hijo que juegue con sus compañeros.

Y después papá se puso a gritar y el dueño de! mini-golf se puso a gritar y todo el mundo se puso a gritar?, y el guardia pitaba, y al final papá nos hizo salir del mini-golf y Cosme no estaba muy contento porque decía que

mientras nadie lo miraba había hecho el agujero de un solo golpe, pero estoy seguro de que es una mentira. Como lo pasamos bárbaro en el mini-golf, hemos decidido volver mañana para intentar el segundo agujero:

Lo que ya no sé es si papá estará de acuerdo en acompañarnos al mini-golf.

No, el padre de Nicolás no quiso volver nunca más al mini-golf; e incluso le agarró una gran aversión al mini-golf, casi tanta como el ragut del hotel Bella Orilla. La madre de Nicolás dijo que no había que escandalizar tanto a cuenta del ragut, y el padre de Nicolás respondió que, al precio de la pensión completa, el escándalo era servir semejantes cosas en la mesa, Y, para acabarlo de arreglar, empezó a llover de nuevo...



Jugamos a las tiendas

Lo que pasa con las niñas es que no saben jugar, lloran sin parar y arman líos,

En el hotel hay tres.

Las tres niñas que hay en el hotel se llaman Isabel, Miguelina y Gisela. Gisela es hermana de mi amigo Fabricio y se pelean todo el tiempo y Fabricio me ha explicado que era muy fastidioso tener una niña de hermana y que si la continuaba así se iría de casa.

Cuando hace bueno, y estamos en la playa, las niñas no nos molestan. Juegan a juegos idiotas, hacen montones de flanes, se cuentan chistes y, además, con los lápices, se pintan de rojo las uñas. Yo y mis amigos hacemos cosas formidables. Echamos carreras, damos volteretas, jugamos al fútbol, nadamos, nos peleamos. Cosas fenomenales, eso es.

Pero cuando no hace bueno la cosa es distinta, porque tenemos que quedarnos todos juntos en



el hotel. Y ayer no hacía bueno, llovía sin parar. Después de comer, tuvimos raviolis y era mucho mejor que el ragut; nuestros papás y nuestras mamás se fueron a dormir la siesta. Con Blas, Fructuoso, Mamerto, Ireneo, Fabricio y Cosme, todos mis amigos del hotel, estábamos en el salón y jugábamos a las cartas, sin hacer ruido. No hacemos el payaso cuando llueve, porque los papás y las mamás no se andan con bromas. Y durante estas vacaciones los papás y las mamás no se han andado con bromas muchas veces.

Entonces las tres niñas entraron en el salón.

—Queremos jugar con vosotros —dijo Gisela.

—Déjanos en paz o te largo una torta, Gisela! —dijo Fabricio. La cosa no le gustó a Gisela.

—Si no podemos jugar con vosotros, ¿sabes lo que voy a hacer, Fafa? —dijo Gisela—. Pues se lo iré a contar a papá y a mamá y te castigarán, y castigarán a tus amigos, y os quedaréis sin postre.

—Bueno —dijo Mamerto, ¡qué idiota es ese tío!—.

Podéis jugar con nosotros.

—,A ti quién te ha llamado? —dijo Fabricio. Entonces Mamerto se echó a llorar, dijo que no tenía ganas de que lo castigaran, que era una



injusticia, y que si lo dejaban sin postre se mataría. Nosotros estábamos jorobados, porque con todo el ruido que hacia Mamerto iba a acabar despertando a nuestros papás y a nuestras mamás.

—Entonces, ¿qué hacemos? —le pregunté a Ireneo.

— Bah! —me contestó Ireneo, y decidimos dejar jugar con nosotros a las niñas.

—A que jugaremos preguntó Miguelina, una gorda que me recuerda a Alcestes, un chico de la escuela que come sin parar.

—Jugamos a las tiendas —dijo Isabel.

Estás loca? —preguntó Fabricio.

—Está bien, Fafa —dijo Gisela—, voy a despertar a papá. ¡ Y ya sabes cómo se pone papá cuando lo despiertan!

Entonces Mamerto se echó a llorar y dijo que él queda jugar a las tiendas. Blas dijo que, mejor que jugar a las tiendas, prefería ir a despertar él mismo al papá de Fabricio. Fructuoso dijo que creía que esa noche había de postre helado de chocolate, y entonces dijimos que bueno, que de acuerdo.

Gisela se puso detrás de una mesa del salón, y puso en la mesa las cartas y además unos ceniceros y dijo que sería la tendera y que la mesa sería el mostrador, y que lo que había en la mesa serían las cosas que vendía y que debíamos ir a comprarle cosas.

—Eso es —dijo Miguelina—, y yo seré una señora muy guapa y muy rica y tendré un coche y montones de abrigos de pieles.

—Eso es —dijo Isabel—, y yo seré otra señora aún más rica y más guapa, y tendré un coche con asientos rojos como el de tío Juan Jacobo, y zapatos de tacón alto.

—Eso es —dijo Gisela—, y Cosme será el marido de Miguelina.

—Yo no quiero —dijo Cosme.

—Por qué no quieres? —preguntó Miguelina.

—Porque te encuentra muy gorda, por eso mismo —dijo Isabel—. Prefiere ser mi marido.

—No es cierto! —dijo Miguelina, y le dio una torta a Cosme, y Mamerto se echó a llorar, Para que se callase Mamerto, Cosme dijo que sería el marido de cualquiera.

—Bueno —dijo Gisela, vamos a empezar a jugar, entonces. Tú, Nicolás, serás el primer cliente, pero como serás muy pobre, no tendrás con qué comprar comida. Entonces yo seré muy generosa, y te daré cosas gratis.

—Yo no juego —dijo Miguelina—, después de lo que me ha dicho Isabel, no volveré a hablarle a nadie.

—Ah! ¡Ah! ¡La señorita me viene con remilgos! —dijo Isabel—. ¿Crees que no sé lo que le dijiste de mi a Gisela cuando yo no estaba?

—Oh! ¡Qué mentirosa! —grito Miguelina—. ¡Después de todo lo que me dijiste de Gisela!



—.Qué le dijiste de mí a Miguelina, Isabel?

—preguntó Gisela.

—Nada, no le dije nada de ti a Miguelina, eso es lo que le dije —dijo Isabel.

—Qué cara más dura tienes! —gritó Miguelina—. ¡Me lo dijiste delante del escaparate de la tienda, en ese donde había un bañador negro con florecitas rosas, ese que me iría tan bien, ya sabes!

—No es cierto! —gritó Isabel—. ¡Pero Gisela me ha contado lo que le dijiste de mí en la pl :ya!

—Bueno, chicas —preguntó Fabricio—, ¿jugamos no? entonces Miguelina le dijo a Fabricio que no se metiera donde no lo llamaban y le arañó.

—Deja en paz a mi hermano! —dijo Gisela, y le tiró de las trenzas a Miguelina, y Miguelina se puso a gritar y le dio una bofetada a Gisela, y eso hizo reír a Fabricio, pero Mamerto se echó a llorar y las niñas armaban un buen boche, y montones de papás y mamás bajaron al salón y preguntaron qué pasaba.

—Son los niños, que no nos dejan jugar tranquilas a las tiendas! —dijo Isabel.

Y entonces nos castigaron sin postre a todos.

¡Y tenía razón Fructuoso, esa noche había helado de chocolate!



Y después el sol volvió, radiante, el último día de vacaciones. Hubo que decir adiós a todos los amigos, hacer las maletas y volver a tomar el tren. El dueño del hotel Bella Orilla propuso al padre de Nicolás darle un poco de ragut para el viaje, pero el padre de Nicolás rechazó el ofrecimiento. E hizo mal, porque esta vez eran los huevos duros los que iban en la maleta marrón, que estaba a su vez facturada.

Yo estoy encantado de haber vuelto a casa, mis amigos de vacaciones no están aquí y mis amigos de aquí aún están de vacaciones y yo estoy completamente solo y no es justo y me he echado a llorar.

—Ah, no! —dijo papá—. Mañana empiezo a trabajar, quiero descansar un poco hoy. ¡No vas a darme molestias!

—Pero, bueno —dijo- mamá a papá—, ten un poco de paciencia con el crío. Ya sabes cómo son los niños cuando vuelven de vacaciones —y después mamá me besó, me secó la cara, me sonó los mocos y me dijo que fuera a divertirme sin hacer ruido. Entonces le dije a

mamá que con mucho gusto, pero que no sabía muy bien qué hacer.

—Por qué no haces germinar una judía?

—me preguntó mamá. Y me explicó que era formidable, que se tomaba una judía, se ponía encima de un trozo de algodón mojado y que luego después se veía aparecer un tallo, y después hojas, y que después tenía una bonita planta de judías y que era muy divertido y que papá me enseñaría. Y después mamá subió a arreglar mi cuarto:

Papá, que estaba acostado en el sofá del alón, lanzó un gran suspiro y después me dijo que fuera a buscar algodón. Yo fui al cuarto de baño, no tiré demasiadas cosas y los polvos del suelo son fáciles de limpiar con un poco de agua; volví al salón y le dije a papá:

—Ahí tienes la algodón, papá.

—Se dice el algodón, Nicolás —me explicó papá, que sabe montones de cosas porque a mi edad era el primero de su clase y un formidable ejemplo para sus compañeros.

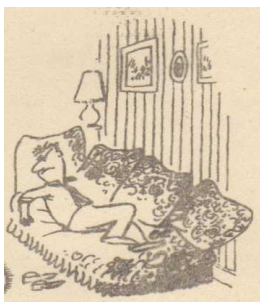
—Bueno —me dijo papá—, pues ahora ve a la cocina a buscar una judía.

En la cocina no encontré judías. Ni tampoco pasteles, porque antes de irnos mamá lo yació recto, salvo el trozo de «camembat» que se le olvidó en la despensa y por eso al volver de vacaciones hubo que abrir la ventana de la cocina.

En el salón, cuando le dije a papá que no había encontrado la Judía, me dijo:

—Bueno, ¡qué le vamos a hacer! —y siguió leyendo su periódico Pero yo lloré y grité:

—quiero hacer germinar una judía! )Quiero hacer germinar una judía! Quiero hacer germinar la judia!



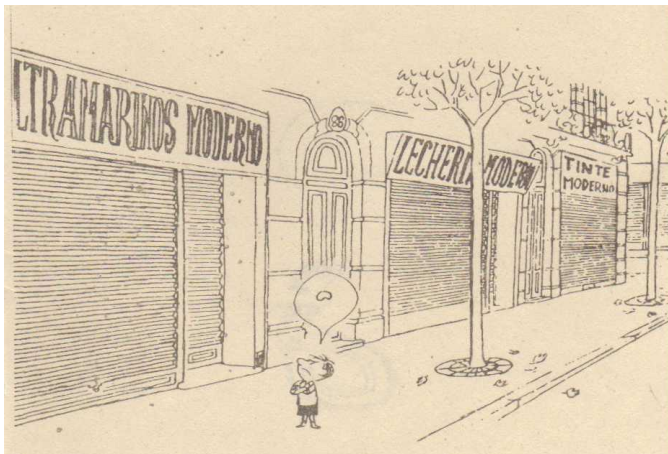
—Nicolás —me dijo papá—, te vas a ganar un azote. ¡Es formidable! Quieren que haga germinar una judía, y como no hay judías ¡quieren castigarme! —entonces me eché a llorar de verdad, y llegó mamá, y cuando se lo expliqué, me dijo:

—Ve a la tienda de la esquina y pide que te den una judía.

—Eso es —dijo papá—, y no te des prisa en volver, Fui a casa del señor Compani, que es el tendero de la esquina y que es realmente fenómeno, porque cuando voy me da a veces galletas. Pero esa vez no me dio nada, porque la mantequería estaba cerrada y había un papel donde ponía que era por las vacaciones.

Volví corriendo a casa, donde encontré a papá, que seguía en el *sofá*, pero ya no leía, se había puesto el periódico en la cara.

—El señor Compani .está cerrado —grité—, ¡de modo que no tengo la judía!



Papá se sentó de golpe.

—Qué? ¿Cómo? ¿Qué *pasa*? —preguntó. Entonces tuve que explicárselo de nuevo. Papá se pasó la mano por la cara, lanzó grandes suspiros y dijo que no podía hacer nada.

—Qué tengo que hacer germinar, entonces, en mi trozo de el algodón?

—Se dice un trozo de algodón, no de el algodón —me dijo papá.

—Pero tú me dijiste que se decía el algodón! —contesté yo.

—Nicolás! —gritó papá—. ¡Ya basta! ¡Vete a jugar a tu cuarto!

Subí llorando a mi cuarto y encontré a mamá, que estaba ordenando.

—No, Nicolás, no entres aquí —me dijo mamá—. Baja a jugar al salón. ¿Por qué no haces germinar una judía, como te dije?

En el salón, antes de que papá se pusiera a gritar, le expliqué que era mamá la que me había dicho que bajara y que si me oía llorar iba a enfadarse.

—Bueno —me dijo papá—, pero pórtate bien.

—,De dónde voy a sacar judía para hacerla germinar? —

pregunté.

—No se dice judía, se dice:.. —empezó a decir papá. Y después me miró, se rascó la cabeza y me dijo:

—Ve a buscar lentejas a la cocina. Sustituirán a la judía. Lentejas sí que había en la cocina, y yo estaba terriblemente contento. Y después papá me enseñó cómo había que mojar el algodón y cómo había que poner las lentejas encima.

Y ahora —me dijo papá---, lo dejas. todo en un .platillo, en el borde de la ventana, y después le saldrán tallos y hojas —y volvió a acostarse en el canapé.

Y hice lo que papá me dijo y después esperé. Pero no vi salir los tallos *de* las lentejas y me pregunté qué será lo que no marchaba. Como no lo sabía, fui a ver a papá.

—Qué ocurre ahora? —gritó papá.

—No sale ningún tallo de las lentejas —dije.

—.Quieres ese azote? —gritó papá, y yo dije que iba a marcharme de casa, que era muy desgraciado, que no me volverían a ver, que me echarían mucho de menos, que lo de las lentejas era mentira, y mamá llegó corriendo al salón.

—,No puedes tener un poco más de paciencia con el niño? —le preguntó mamá a papa—.

Tengo que arreglar la casa, no tengo. tiempo de ocuparme de él,,me parece que...

—A mí me parece —contestó papá— que un hombre tendría que estar tranquilo en su casa!

—Mi pobre madre tenía mucha razón —dijo mamá.

—No mezcles a tu madre, que no tiene nada de pobre, en este asunto! —gritó papá.

—Eso es! —dijo mamá—. ¡Insulta a mi madre ahora!

—¡Es que he insultado yo a tu madre? —gritó papá. Y mamá se echó a llorar y papá se puso a caminar por el

salón gritando y yo dije que si no germinaban en seguida mis lentejas me mataría Entonces mamá me dio un azote.

Los padres, cuando vuelven de vacaciones; están insoportables!

Ha transcurrido -un nuevo' año escolar, tan estudioso como el anterior. Nicolás, Alcestes, Rufo, Eudes, Godofredo, Majencio, Joaquin, Clotario y Agnan se han dispersado con un poco de melancolía, después de la distribución de premios. Pero la llamada de las vacaciones está ahí y la alegría pronto vuelve a los jóvenes corazones de los escolares.

Sin embargo, Nicolás está inquieto; en su casa nadie habla de vacaciones.

Hay que ser razonable

¡Lo que a mí me extraña es que en casa aún no se haya hablado de las vacaciones! Los otros años, papa dice que quiere ir a alguna parte; mamá dice que ella quiere ir a otra; y se arman montones de líos. Papá y mamá dicen que, puestas así las cosas, prefieren quedarse en casa, yo lloro, y después vamos adonde quiere mamá. Pero este año, nada.

Sin embargo, todos mis compañeros de escuela se

preparan para marchar.. Godofredo, que tiene un papá muy rico, va a pasar las vacaciones en la gran casa que su papá tiene a orillas del mar. Godofredo nos ha dicho que tiene un trozo de playa para él solo, donde nadie tiene derecho a ir a hacer flanes. Pero quizá sea un bola, porque hay que decir que Godofredo es muy mentiroso. Agnan, que es el primero de la clase y el ojito derecho de la maestra, se va a Inglaterra a pasar sus vacaciones en una escuela donde le enseñarán a hablar inglés. Está loco este Agnan.

Alcestes se va a comer trufas a Perigord, donde su papá tiene un amigo que es dueño de una mantequería. Y, así, todos: se van al mar, a la montaña o a casa de sus abuelas en el campo. Sólo quedo yo, que aún no sé dónde voy a ir, y es muy fastidioso, porque una de las cosas que más me gustan de las vacaciones es hablar de ellas, antes y después, con los compañeros.

Por eso hoy, en casa, le pregunté a mamá dónde íbamos de vacaciones. Mamá puso una cara muy rara, me besó en la cabeza y me dijo que hablaríamos de ello ((cuando papá llegue, cariño)), y que ahora me fuera a jugar al jardín.

Entonces me fui al jardín y esperé a papá, y cuando volvió de la oficina corrí hacia él; me tomó en brazos, me dijo -Iop-lái» y le pregunté dónde íbamos a ir de vacaciones. Entonces papá dejó de reír, me puso en el suelo y me dijo que íbamos a hablar de eso en casa, donde encontramos a mamá sentada en el salón.

—Creo que ya llegó el momento —dijo papá.

—Si, acaba de hablarme de eso —dijo mamá.

—Entonces, habrá que decírselo —dijo papá.

—Bueno, díselo tú —dijo mamá.

—Por qué yo? —preguntó papá—. ¡Se lo podías decir tú!



—Yo? Mejor que se lo digas tú —dijo mamá—; la idea es tuya.

—Perdón, perdón; tú estabas de acuerdo conmigo —dijo papá—, e incluso dijiste que le sentaría estupendamente, y a nosotros también. Tienes tantas razones como yo para decírselo.

—Bueno, ¿qué pasa —dije—. ¿Hablamos de las vacaciones o no hablamos de las vacaciones? Todos mis compañeros se van, y yo voy a parecer un tonto si no puedo decirles adónde vamos y lo que haremos. Entonces papá se sentó en el sillón, me tomó las manos y me atrajo hacia sus rodillas.

—Mi Nicolás es un jovencito razonable, ¿verdad? —pregunto papá.

—Oh! ¡Claro que sí! —contestó mamá—. ¡Ya es un hombre!



A mi no me gusta demasiado que me digan que soy' un hombre, porque, normalmente, cuando me dicen eso quieren que haga cosas que no me apetecen.

—Y estoy seguro —dijo papá— de que a este jovencito le encantará ir a la playa.

—Oh! ¡Sí! —dije.

—Ir a la playa, nadar, pescar, jugar en la arena, pasear por el bosque —dijo papá.

—¡Hay bosque donde vamos? —pregunté—. Entonces no es el sitio donde estuvimos el año pasado?

—Oye, yo no puedo —le dijo mamá a papa



—. Me pregunto si es tan buena idea como pensábamos. Prefiero renunciar a ello. Quizá, al año que viene...

—No! —dijo papá—. ¡Lo decidido, decidido está! Un poco de valor, ¡qué diablos! Y Nicolás va a ser

razonable, ¿verdad, Nicolás?

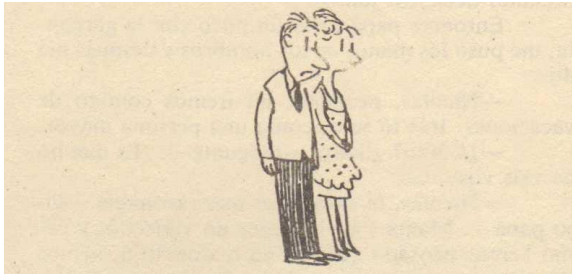
Yo dije que sí, que iba a ser terriblemente razonable. Estaba muy contento con eso del mar y de la playa; me encanta. El paseo por el bosque es menos divertido, salvo para jugar al escondite; entones sí que es terrible. —Y vamos a ir al hotel? —pregunté.

—No exactamente —dijo papá—. Yo..., yo creo que dormirás en una tienda. Está muy bien, ¿sabes?...

Entonces me puse contentísimo.

—En una tienda, ¿como los indios del libro que me regaló tía Dorotea? —pregunté.

—Eso es —dijo papá.



—Estupendo! —grité—. ¿Me dejarás ayudarte a montar la tienda? ¿Y a hacer el fuego para la comida? ¿Y me enseñarás a hacer pesca submarina para traerle a mamá peces gordísimos? ¡Oh, va a ser estupendo, estupendo, estupendo!.

Papá se secó la cara con el pañuelo, como si tuviera mucho calor, y después me dijo:

—Nicolás, debemos hablar de hombre a hombre. Tienes que ser muy razonable.

—Y si te portas bien, como un niño *mayor*

—dijo mamá—, esta noche, de postre, habrá tarta.

—Y haré arreglar tu bici, como me pides hace mucho —

dijo papá—. Bueno, vamos a ver..; Tengo que explicarte algo..,

—Me voy a la cocina —dijo mamá.

—No! ¡Quédate! —dijo papá—. ¡Habíamos decidido decírselo juntos!

Entonces papá tosió un poco con la garganta, me puso las manos en los hombros y después me dijo:

—Nicolás, pequeño, no iremos contigo de vacaciones. Irás tú solo, como una persona mayor.

—Cómo? ¿Solo? —pregunté—. ¿Es que no os vais vosotros?

—Nicolás, te ruego que seas razonable .—dijo papá—. Mamá y yo haremos un viajecito, y como hemos pensado que eso no te divertiría, hemos decidido que irás a una colonia de vacaciones. Eso te sentará muy bien, estarás con niños de tu edad y te divertirás mucho...

—Claro, es la primera vez que te separas de nosotros, Nicolás, pero es por tu bien —dijo mamá.

—Vamos, Nicolás, jovencito..., ¿qué te parece? —me preguntó papá.

—Fenómeno! —grité, y empecé a bailar por el salón. Porque es cierto, parece que son formidables las colonias de vacaciones; hay montones de compañeros, se dan paseos, se juega, se canta alrededor de una gran hoguera, y yo estaba tan contento que besé a papá y a mamá.

La tarta del postre estaba muy rica y me sirvieron varias veces, porque ni mamá ni papá comieron. Lo divertido es que papá y mamá me miraban con los ojos muy abiertos. E incluso parecían un poco, enfadados.

Pues no sé muy bien, yo, pero creo que he sido razonable, ¿no?

Los preparativos han marchado a todo gas, interrumpidos, sin embargo, por diecisiete conferencias de la abuela de Nicolás. Un único incidente curioso: a la madre de Nicolás se le meten cosas en los ojos todo el tiempo, y por más que se suene, no le hace nada -.

La marcha

Hoy me marchó a una colonia de vacaciones y es muy contento. lo único que me fastidia es que papá y mamá parecen algo tristes; seguramente será porque no están

acostumbrados a quedarse solos en vacaciones.

Mamá me ayudó a hacer la maleta, con las camisetitas, los «shorts», las alpargatas, los cochecitos, el bañador, las toallas, locomotora del tren eléctrico, los huevos duros, los plátanos, los bocadillos de salchichón y de queso, la red para los camarones, el jersey de manga larga, los calcetines y las bolitas. Claro. hubo que hacer varios paquetes, porque la maleta no era bastante grande, pero al final todo quedó bien.

Yo tenía miedo de perder el tren, y después de comer le pregunté a papá si no valdría más salir en seguida para la estación. Pero papá me dijo que era un poco pronto, que el tren salía a las seis de la tarde y *que yo* estaba muy impaciente por separarme de ellos. Y mamá se marchó a la cocina con su pañuelo, diciendo que tenía una cosa en el ojo.

No sé qué les pasa a papá y a *mamá*, tienen pinta de fastidiados. Tan fastidiados que no me atrevo a decirles que se me pone una gran bola en la garganta cuando pienso que no voy a verlos durante casi un mes. Si se lo dijera, estoy seguro de que se burlarían de mí y me regañarían.

No sabía qué hacer mientras esperaba la hora de irme, y mamá no se puso muy contenta cuando vacié la maleta para tomar las bolitas que estaban en el fondo.

—El niño ya no aguanta aquí! —dijo mamá a papá—

En el fondo, quizá haríamos mejor en irnos en seguida.

—Pero aún falta hora y media para la salida del tren —dijo papá.

—Bah! —dijo mamá—; si llegamos adelantados, encontraremos el andén vacío y nos evitaremos los empujones y la confusión.

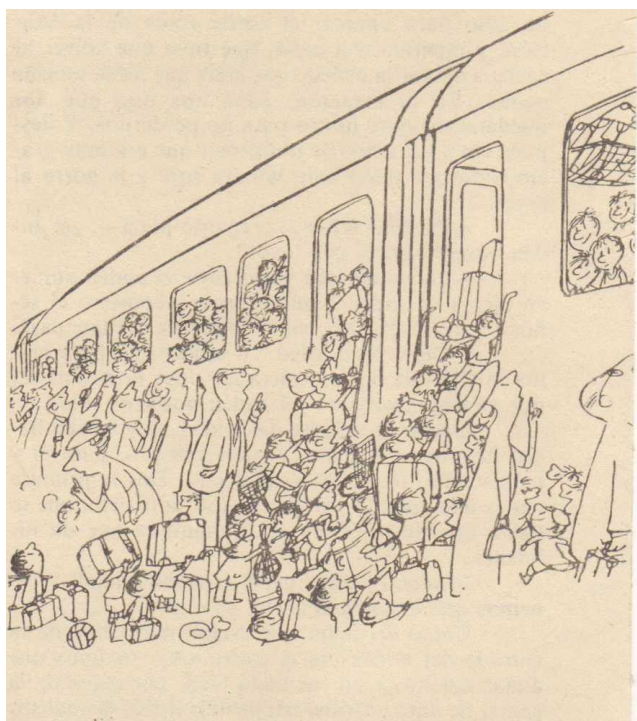
—Como quieras —dijo papá.

Subimos al coche y salimos. Dos veces, porque la

primera nos habíamos olvidado la maleta en casa. En la estación, todos habían llegado adelantados. Estaba llena de gente por todas partes, y gritaban y hacían ruido. No fue nada fácil encontrar un sitio para aparcar el coche cerca de la estación y esperamos- a papá, que tuvo que volver al coche a buscar la maleta, que creía que había tomado mamá. En la estación, papá nos dijo que nos quedáramos muy juntos para no perdernos. Y después vio a un señor de uniforme, que era muy gracioso porque tenía toda la cara roja y la gorra al revés. —Perdón, señor ---preguntó papá—, ¿el andén número once, por favor? —Lo encontrará usted entre el andén número diez -y el andén número doce —contestó el señor al menos, allí estaba la última vez que pasé. —Oiga, pero usted... —dijo papá; pero mama le dijo que no se pusiera nervioso ni discutiese, que ya encontraríamos el andén nosotros solos. Llegamos delante del andén, que estaba lleno llenísimo de gente, y papá compró, para él y para mamá, tres billetes de andén. Dos la primera vez, y uno cuando volvió a buscar la maleta, que se había quedado delante de la máquina que da los billetes. —Bueno —dijo papá—, tranquilidad... Tenemos que ir hasta el coche «Y». Como el vagón que estaba más cerca de la entrada del andén era el coche «A», tuvimos que andar mucho, y no fue nada fácil, por culpa de la gente, de unos carritos estupendos llenos de maletas y de cestos y del paraguas de un señor gordo que se enganchó a la red de los camarones, y el señor y papá discutieron, pero mamá le tiró a papá del brazo, lo que hizo que se cayera el paraguas del señor, que seguía enganchado a la red. Pero

la cosa se arregló muy bien, porque con el ruido de la estación no oímos lo que gritaba el señor. Delante del vagón «Y» había montones de tíos de mi edad, papás, mamás y un señor que llevaba una pancarta donde estaba escrito: «Campo Azul»: es el nombre de la colonia de vacaciones a donde voy. Todos gritaban. El señor de la pancarta tenía unos papeles en la mano. Papá le dijo mi nombre, el señor buscó en sus papeles y gritó: «Lestouffe! ¡Uno más para su equipo!» Y vimos llegar a un mayor, debía de tener por lo menos diecisiete años, como el hermano de mi amigo Eudes, el que le enseña a boxear.

—Hola, Nicolás —dijo el mayor—. Me llamo



Gerardo Lestouffe, y soy tu jefe de equipo. Nuestro equipo es el equipo Ojo de Lince.

Y me dio la mano. Fenómeno.

—Se lo confiamos —dijo papá, riendo.

—No teman nada —dijo mi jefe—. Cuando vuelva, no

lo reconocerán ustedes.

Y después a mamá se le metió otra cosa en el ojo y tuvo que sacar el pañuelo. Una señora que llevaba de la mano a un 'niño que se parecía a Agnan, sobre todo por las gafas, se acercó a mi jefe y le dijo:

—No es usted un poco joven para asumir la responsabilidad de vigilar a unos niños?

—Claro que no, señora —contestó mi jefe—. Soy monitor diplomado; no tiene usted nada que temer.

—Sí, en fin:.. —dijo la señora—. ¿Y cómo cocinan ustedes?

—Qué? —preguntó mi jefe.

—Si —dijo la señora—, ¿cocinan ustedes. con mantequilla, con aceite o con grasa? Porque se lo advierto de antemano, mi niño no aguanta la grasa. Es muy sencillo: si usted quiere que se ponga malo. ¡déle algo con grasa!

—Pero, señora'... —dijo mi jefe.

—Y, además —dijo la señora—, que tome su medicina antes de cada comida, pero, sobre todo, riada de grasas; no vale la pena darle medicinas, si luego lo van a poner malo. Y tenga mucho cuidado de que no se caiga durante las escaladas.

—Las escaladas? —preguntó, mi jefe—. ¿Qué escaladas?

—Pues, ¡las que harán por la montaña!

—contestó la señora.

—Por la montaña? —dijo mi jefe—. No hay montañas donde vamos nosotros, en Playa de Hoyos.

—¡Cómo? ¿Playa de Hoyos? —gritó la señora—. ¡Me dijeron que los niños iban a Cumbre de Abetos!  
¡Menuda organización! ¡Muy bien! Ya decía yo que

usted era demasiado joven para...

—El tren para Cumbre de Abetos está en la vía cuatro, señora —dijo un señor de uniforme, que pasaba—. ¡Y debería usted darse prisa, sale dentro de tres minutos!

—Oh! ¡Dios mio! —dijo la señora—. ¡No me va a dar tiempo de hacerles todas las recomendaciones!

Y se marchó corriendo con el tío que se parecía a Agnan.

r

\*I



Y después se oyó un gran pitido ‘y todos montaron a los vagones gritando, y el señor de uniforme fue a ver al señor de la pancarta y le pidió que impidiera que el imbécil que jugaba con un silbato **provocara semejante lío**. Entonces, algunos bajaron de los vagones, y no era nada fácil, por culpa de los que subían. Papás y mamás gritaban cosas, pidiendo que uno, no se olvidara de escribirles, se abrigara bien y no hiciera tonterías. Había tíos que lloraban y otros a los que regañaron porque jugaban al fútbol en el andén, era fenómeno. Ni siquiera

oímos al señor de uniforme que silbaba; tenía. la cara muy oscura como si volviera de vacaciones. Todos abrazaron a todo y el tren. salió - para al mar.

- Yo miraba por la ventana, veía a papá y a, mamá, y a todos los papás y a todas las mamás que' nos decían «adiós» con sus pañuelos. Me dio mucha pena. No era justo, nos marchábamos nosotros, y ellos tenían pinta de estar mucho más cansados que nosotros. Me dieron ganas de llorar,



Completamente solo, como un mayor. Nicolás se ha marchado a la colonia. Y aunque tuvo un momento de debilidad al ver cómo sus padres se volvían pequeñitos allá al fondo, en el andén de la estación, Nicolás recuperará la excelente moral que le caracteriza, gracias al grito de llamada de su equipo...



Valor!

El viaje en tren fue muy bueno; nos llevó toda una noche llegar á donde íbamos. En el departamento donde estábamos, nuestro jefe de equipo, que se llama Gerard Lestouffe y es estupendo, nos dijo que nos durmiéramos y nos portáramos bien para llegar descansados al campamento, mañana por la mañana. Tiene mucha razón. Digo nuestro jefe de equipo, porque nos ha explicado que seremos equipos de doce, con un jefe. Nuestro equipo se llama equipo <Ojo de Lince>, y nuestro jefe nos ha dicho que nuestro grito de llamada es «Valor!»

No. pudimos dormir mucho, claro. Había uno que lloraba sin parar y que decía que quería irse con su papá y su mamá. Entonces, otro se burló de él y le dijo que era una niña. Entonces, el que lloraba le dio una torta y empezaron a llorar los dos, sobre todo cuando el jefe les dijo que iba a hacerles viajar de pie en el pasillo. si continuaban así. Y, después, también, el primero que sacó sus provisiones de la maleta nos metió hambre a todos y empezamos a comer. Y eso de masticar impide dormir, sobre todo las tostadas, por culpa del ruido y de las migas. Y después los tíos empezaron a ir al extremo del vagón, y hubo uno que no volvió . y el jefe se fue a

buscarlo, y no volvía porque la puerta se había atascado, y hubo que llamar al señor que revisa los billetes para que abriese la puerta, y todos se ponían nerviosos porque el tío que estaba dentro lloraba y gritaba que tenía miedo, y que qué iba a hacer si llegábamos a una estación, porque allí estaba escrito que estaba prohibido quedarse dentro cuando el tren estaba en una estación - Y después, cuando el tío salió, diciéndonos que estaba de broma, el jefe nos dijo que volviéramos todos al departamento, y fue un problema encontrar el departamento bueno, porque como todos los tíos habían salido de sus departamentos, ya nadie sabía cuál era su departamento, y todos corrían y abrían puertas. Y un señor sacó su cabeza colorada



de un departamento y dijo que si no dejábamos de armar jaleo, se quejaría a la S. N. C. F'.\*, donde tenía un amigo que trabajaba en un cargo muy importante. Nos turnamos para dormir; y por la mañana llegamos a Playa de Hoyos, donde nos esperaban unos autobuses para llevarnos al campamento. Nuestro jefe es formidable, no tenía pinta de estar demasiado cansado. Y eso que se pasó toda la noche corriendo por el pasillo,

abriendo tres veces la puerta del extremo del vagón; dos veces para que salieran tíos que se habíais quedado encerrados, y una vez para el señor que tenía un amigo en la S. N. C. F. y que le dio su tarjeta de visita a nuestro jefe, para agradecérselo.

En el autobús todos chillábamos y el jefe nos dijo que, en vez de gritar, más valdría cantar. Y nos hizo cantar canciones estupendas, una donde se habla de uno que se va a la guerra y a lo mejor no vuelve, y otra que dice que las liebres corren por el mar. Y luego después el jefe nos dijo que en el fondo prefería que volviéramos a chillar, y después llegamos al campamento.

Aquello me desilusionó un poco. El campamento es bonito claro: hay árboles, hay flores, pero no hay tiendas. Vamos a dormir encasas de made S. N. C. E. es la *Société Nationale des Chemins de Fe.,* que es como se llama en Francia la red nacional de ferrocarriles, a la **que** en España Llamamos RENFE.

y es una lástima, porque yo creía que íbamos a vivir en tiendas como los indios, y hubiera sido más divertido. Nos llevaron al centro del campamento, donde nos esperaban dos señores. Uno sin pelo y otro con gafas, pero los dos con pantalones cortos. El señor sin pelo nos dijo:

—Hijos míos, estoy encantado de recibiros en el Campo Azul, dónde estoy seguro de que pasaréis unas excelentes vacaciones, en un. ambiente de sana y franca camaradería, y donde os prepararemos para vuestro futuro de hombres con una disciplina libremente aceptada. Soy el señor Rateau, jefe del campamento, y os presento al señor Genou, nuestro administrador, que os pedirá a veces que le ayudéis en su trabajo. Cuento con vosotros para que obedezcáis a esos hermanos mayores que son vuestros jefes de equipo, que os llevarán ahora a

vuestros respectivos barracones. Dentro de diez minutos, concentración para ir a la playa, para el primer baño.

Y después alguien gritó: <(Campo Azul, hip, hiph.>, y montones de tíos contestaron: «Hurra!» Y así, tres veces. Muy divertido.

Nuestro jefe nos llevó a los doce del equipo Ojo de Linçe, nuestro equipo, a nuestro barracón. Nos dijo que eligiéramos cama, que nos instaláramos y que nos pusiéramos el traje de baño, que vendría a buscarnos dentro de ocho minutos.

—Bueno —dijo un tío alto—, yo tomo, la cama de al lado de la puerta. ,

--,Por qué, si me haces él favor? —preguntó **Otro** tío.

—Porque la vi primero y porque soy- el más fuerte de todos, eso es —contestó el tío alto.

—No, señor! ¡No, señor! —canturreó otro tío—. ¡La cama de la puerta es mía! ¡Ya estoy en ella! -

—Yo también! ¡Ya estoy en ella! —gritaron otros dos tíos.

—Salid de ahí o me quejaré —gritó el tío alto.

Estábamos ocho en la cama e íbamos a empezar a darnos de bofetadas cuando entró nuestro jefe, en traje de baño, con montones de músculos por todas partes.

—Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué significa esto? ¿Aún no estáis en bañador? Hacéis más ruido que los de los otros barracones juntos. ¡Daos prisa!

—Es por culpa de mi cama... —empezó a explicar el tío alto.

—Después nos ocuparemos de las camas

—dijo el jefe—; ahora, poneos los bañadores. ¡**Sólo** nos esperan a nosotros para la concentración!

—Yo no quiero desnudarme delante de todos! ¡Quiero

irme con mi papá y mi mamá! —dijo un tío, y se echó a llorar.



—Vamos, vamos... —dijo el jefe—. Ea, Paulino, acuérdate del grito de llamada de nuestro equipo: «*Valor!*» Y, además, tú ya eres un hombre, no eres un chiquillo.

—Sí! Soy un chiquillo! Soy un chiquillo! ¡Soy un chiquillo! —dijo Paulino, y se tiró al suelo llorando.

• —Jefe —dije—, no puedo ponerme el bañador, porque mi papá y mi mamá se olvidaron de darme la maleta en la estación.

El jefe se frotó las mejillas con las dos manos y después dijo que seguramente habría un camarada que me prestaría un bañador.

—No, señor —dijo ‘un tío—. Mi *mamá* me dijo que no tenía que prestar mis cosas.

—Eres un tacaño, y no quiero para nada tu bañador —dije. Y, ¡paf!, le di una bofetada.

—,Quién me desatará los zapatos? —preguntó otro tío.

—Jefe! ¡Jefe! —gritó un tío—. Se me ha derramado toda la mermelada por la maleta. ¿Qué hago?

Y después vimos que el jefe ya no estaba con nosotros en el bárracón..

Cuando salimos, todos estábamos en bañador; un tío fenómeno que se llama Bertmn me presté uno; éramos los últimos en la concentración. Era muy divertido, porque todos estaban en bañador.



El único que no estaba en bañador era nuestro jefe. - Llevaba un traje con chaqueta y corbata, y una maleta. El señor Rateau estaba hablando con él, y le decía: —Reconsidere su decisión, hijo; estoy seguro de que será capaz de dominarlos. ¡Valor!

La vida de la colonia se organiza; la vida que convertirá en hombres a Nicolás y sus amigos. Hasta su jefe de equipo Gerardo Lestouffe, ha cambiado desde el día de la llegada; y aunque a veces un poco de cansancio enturbia su mirada clara, ha aprendido a crispase, en cambio, para no dejar que el pánico se apodere de él...



## El baño

En el campamento donde paso mis vacaciones hacemos montones de cosas durante el día:

Por la mañana, nos levantamos a las ocho. Hay que vestirse muy, muy de prisa, y después vamos a la concentración. Allí hacemos gimnasia, uno, dos, uno, dos, y luego después corremos a lavarnos y nos divertimos un. barbaridad tirándonos montones de agua a la cara, unos a otros. Después, los que están de servicio se apresuran a ir a buscar el desayuno, y es realmente estupendo el desayuno ¡con muchas tostadas! En cuanto acabamos a toda prisa el desayuno, corremos a los barracones para hacer las camas, pero no las hacemos como mamá en casa; tomamos las sábanas y las mantas, las doblamos en cuatro y las ponemos sobre el colchón.

Después de eso, están los servicios, limpiar los alrededores, ir a buscar cosas para el señor Genou, el administrador, y después hay concentración, hay que correr a ella, y nos marchamos a la playa para el baño. Después, hay concentración de nuevo y regresamos al campamento a comer, y es estupendo, porque siempre tenemos hambre. Después de comer cantamos canciones: «Pasando por La Lorena con mis zuecos» y «Somos los chicos de la marina». Y después hay que ir a dormir la siesta; eso no es muy divertido, pero es obligatorio, aunque se inventen disculpas. Durante la siesta, nuestro jefe de equipo nos vigila y nos cuenta cuentos. Y después hay otra concentración y volvemos a la playa, nos bañamos, otra concentración y volvemos al campamento a cenar. Después de la cena, cantamos de

nuevo, a veces alrededor de una hoguera, y si no hay juegos nocturnos, vamos a acostarnos y hay que apagar pronto la luz y dormir. El resto del tiempo, se puede hacer lo que uno quiera.

Amilo que más me gusta es el baño. Vamos todos con nuestros jefes de equipo y tenemos la playa para nosotros solos. No es que los demás no tengan derecho a venir, pero cuando vienen, se van. Quizá es porque hacemos mucho ruido y jugamos a montones de cosas en la arena.

Nos alinean por equipos. El mío se llama equipo Ojo de Lince; somos doce, tenemos un jefe de equipo fenómeno y nuestro grito de llamada es:

«*Valor!*» El jefe de equipo nos dispone a su alrededor, y después nos dice: «Bueno. No quiero imprudencias. Os quedaréis todos agrupados y no os alejaréis demasiado de la brilla. Al oír el silbato, volveréis a la playa.

¡Quiero veros a todos ;Prohibido nadar bajo el agua! El que no obedezca, se quedará sin baño, ¿entendido?

Vamos, paso gimnástico, ¡todos al agua!»Y nuestro jefe de equipo dio un gran pitido, y todos nos fuimos al agua con él. ¡Estaba fría, hacia olas! ¡Era estupenda!

Y después vimos que no todos los del equipo estaban en el agua. En la playa se, había quedado uno llorando. Era Paulino, que llora siempre y dice que quiere irse con su papá y su mamá.

—Vamos, Paulino, ven! —gritó nuestro jefe de equipo.

—No —gritó Paulino—. ¡Tengo miedo! ¡Quiero irme con mi papá y mi mamá! —y se revolcó en la arena gritando que era muy desdichado.

—Bueno —dijo el jefe—, quedaos aquí agrupados y no os mováis, voy a buscar a vuestro compañero, Y el jefe salió del agua y fue a hablar con Paulino:

—Pero, vamos, chico —le dijo el jefe—, no hay que

tener miedo

—Sí hay! —gritó Paulino—. ¡Si hay!

—No hay el menor peligro —dijo el jefe—. Ven, dame lamano, entraremos juntos en el agua y no te soltaré.

Paulino, llorando, le dio la mano y se dejó arrastrar hasta el agua. Cuando se le mojaron los pies, se puso a hacer:

—Huy! ¡Huy! ¡Está fría! ¡Tengo miedo! ¡Me voy a morir! ¡Huy!

—Pero, ¿no te digo que no hay el menor...?

—empezó a decir el jefe; y después abrió mucho los ojos y gritó:

—Quién es ése que nada por allá hacia la boya?

—Es Crispín —dijo uno de los tíos del equipo—, nada muy bien, nos ha apostado que iría hasta la boya.

El jefe soltó la mano de Paulino y se puso a correr en el agua y a nadar gritando: «Crispín, ven aquí! inmediatamente!», y pitaba, y con el agua, el silbato hacía un ruido de burbujas. Y Paulino empezó a gritar: «No me deje solo! ¡Voy a ahogarme! ¡Huy! ¡Huy! ¡Papá! ¡Mamá! ¡Huy!» Y Como el agua le llegaba a los tobillos, era muy divertido verlo.

El jefe volvió con Crispín, que estaba muy enfadado porque el jefe le dijo que saliera del agua y se quedara en la arena. Y después el jefe empezó a contarnos, y no fue fácil, porque mientras no estaba ah, nos habíamos ido cada uno por nuestro lado, y como el jefe había perdido su silbato al ir a buscar a Crispín, se puso a gritar: «Equipo Ojo de Lince! ¡Concentración! ¡Equipo Ojo de Lince! ¡Valor! ¡Valor!»

Y después vino otro jefe de equipo y le dijo:

«Oye, Gerardo, berrea un poco menos fuerte, mis chicos

no oyen mis pitidos. » Y hay que reconocer que los jefes de equipo hacían un ruido terrible pitando, gritando y llamando, Y después el jefe nos contó, vio que estábamos todos y mandó a Gualberto a reunirse con Crispín en la arena, porque esta con el agua hasta la barbilla y gritaba: «Me he caldo en un hoyo! ¡Auxilio! ¡Me he caído en un hoyo pero la verdad es que estaba agachado. ¡Es divertido, este Gualberto!

Después los jefes de equipo decidieron que ya estaba bien de baño por esa mañana, y empezaron a gritar y a pitar: «Concentración por equipos en la playa!» Nos pusimos en fila y nuestro jefe nos contó. «Once! — dijo— ¡Falta uno!» Era Paulino, que estaba sentado en el agua y no quena salir.



—Quiero quedarme en el agua! —gritaba— Si salgo, voy a tener frío. ¡Quiero quedarme!

El jefe, que tenía pinta de estar nervioso, lo trajo arrastrándolo por un brazo, y Paulino gritaba que quería irse con su papá y su mamá, y al agua.

Y después, cuando el jefe nos contó de nuevo, vio que seguía faltando uno,

—Es Crispín... —le dijeron. se habrá ido otra vez al agua? —pregunto nuestro jefe, que se puso muy pálido. Pero el jefe del equipo de al lado del *nuestro* le dijo: «Tengo uno de más, ¿será tuyo por casualidad? Y era Crispín, que se había ido a hablar con un tío que tenia

una tableta de chocolate.

Cuando el jefe volvió con Crispín, nos contó de nuevo y vio que éramos- trece.

—,Cuál no es del equipo Ojo de Lince?

—preguntó el jefe.

—Yo, señor —dijo un tío bajito al que nadie conocía.

—De qué equipo eres? —dijo el jefe—. ¿De los Aguiluchos? ¿De los Javares?

—No —dijo el tío bajito—, soy del hotel Bellavista y de la Playa. Mi papá es aquel que duerme allí, en la escollera.

Y el tío bajito llamó: «Papá! ¡Papá!» Y el señor que dormía levantó la cabeza, después vino muy despacito hacia nosotros.



—Qué pasa ahora, Totó? —preguntó el señor.

Entonces nuestro jefe de equipo dijo:

—Su pequeño ha venido a jugar con nuestros niños. Se diría que lo tientan las colonias de vacaciones.

Entonces el señor dijo:

—Sí, pero no lo mandaré nunca. No es por nada, pero me da la impresión de que los niños, sin sus padres, no están bien vigilados.

Si hay algo que al señor Rateau, al jefe de la colonia, le gusta mucho, aparte de los niños, son los paseos por el

bosque. Por eso el señor Rateau esperé con impaciencia el final de la cena, para exponer su idea...



### La Punta de las Borrascas

Ayer, después de cenar, el señor Rateau, que es el jc de la colonia de vacaciones donde me han mandado mi papá y mi mamá (y era una idea fenómeno), nos reunió a todos y nos dijo: «Mañana vamos a ir todos de excursión a la Punta de las Borrascas. A pie, a través de los bosques, con la mochila a la espalda, como hombres. Será un espléndido paseo y una experiencia exaltaste para vosotros.»

Y el señor Rateau nos dijo que saldríamos muy temprano por la mañana y que el señor Genou, el administrador, nos daría un tentempié antes de salir. Entonces todos gritamos: «Hip! ¡Hip! ¡Hurra!» tres veces, y nos fuimos a acostar muy nerviosos.

Por la mañana, a las seis, nuestro jefe de equipo vino al barracón a despertarnos, y se las vio negras.

—Poneos calcetines gruesos y coged un jersey —nos dijo nuestro jefe—. Y no olvidéis el morral para meter el tentempié. Llevad también la pelota de balonvolea.

—Jefe, jefe —dijo Bertín—, ¿puedo llevar mi máquina de fotos?

—Claro, Bertin —dijo el jefe—, así nos sacarás fotos a todos en la Punta de las Borrascas. ¡Será un recuerdo precioso!

—Eh, chicos! ¡Eh, chicos! —gritó Bertín muy orgulloso—. ¿Habéis oído? ¡Voy a sacar fotos!

—Eres un tonto, tú y tu máquina de fotos!

—contestó Crispín—. Nos importa un pepino tu máquina de fotos, y, además, no dejaré que me saques una foto. Me moveré.

—Hablas así de mi máquina de fotos porque tienes envidia —dijo Benin—, porque tú no tienes máquina de fotos.

—Que yo no tengo máquina de fotos? ¿Yo?

—dijo Crispín—. ¡No me hagas reír! En mi casa tengo una más estupenda que la tuya, ¡vamos!

—Eres un mentiroso y un imbécil —dijo Bertín; y empezaron a pegarse, pero lo dejaron, porque el jefe dijo que si continuaban haciendo el tonto, no irían a la Punta de las Borrascas.

Y después el jefe nos dijo que nos diéramos prisa, porque íbamos a llegar tarde a la concentración.

Desayunamos enormemente, y después fuimos en fila a la cocina, donde el señor Genou nos daba a cada uno un bocadillo y una naranja. La cosa llevó su tiempo, y el señor Genou parecía que empezaba a ponerse nervioso. Sobre todo, cuando Paulino levantó el pan y dijo:

—Señor, tiene grasa.

—Bueno, pues te la comes —dijo el señor Genou.

—En casa —dijo Paulino—, mi mamá no quiere que coma la grasa, y además no me gusta.

—Pues déjala —dijo el señor Genou.

—Pero usted me dijo que me la comiera!

—dijo Paulino—. ¡Es una injusticia! Quiero irme con mi papá y mi mamá.

Y se echó a llorar. Pero la cosa se arregló porque

Gualberto que se había comido ya su grasa, le cambió el bocadillo a Paulino.

Salimos del campamento, con el señor Rateau delante y todos los demás por equipos, en fila, *con* nuestros jefes, detrás de él. Era como un desfile de verdad; nos hicieron cantar montones de cosas y cantábamos muy fuerte, porque estábamos muy orgullosos. La lástima es que, como era muy temprano, no había nadie viéndonos, sobre todo cuando pasamos por delante de los hoteles donde la otra gente está de vacaciones. De todas formas, se abrió una ventana y un señor gritó:

—Están locos? ;Mira que gritar así a estas horas!

“ después se abrió otra ventana, y otro señora :

—Es usted, señor Patin, el que grita? ¿Es que no basta con soportar a sus retoños durante todo el día?

—No hay que presumir tanto porque pida usted suplementos en las comidas, Lanchois! —gritó el primer señor. Y después, se abrió otra ventana más, y otro señor empezó a gritar cosas, pero no sabemos qué, porque ya estábamos lejos, y como cantábamos muy fuerte no se entendía bien.

Y después salimos de la carretera y atravesamos un campo, y muchos no querían ir, porque había tres vacas; pero nos dijeron que éramos unos hombres, que no había que tener miedo, y nos obligaron a seguir. Los únicos que cantaban allí eran el señor Rateau y los jefes de equipo. Nosotros volvimos a cantar a coro cuando salimos del campo para entrar en el bosque.

Es fenómeno, el bosque, con montones y montones de árboles, como nunca había visto. Hay tantas hojas que no se ve el cielo y no hay nada de claridad, e incluso no hay caminos. Tuvimos que pararnos porque Paulino se

tiró al suelo gritando que tenía miedo a perderse y a que se lo comieran las fieras del bosque.

—Oye, chico —dijo nuestro jefe de equipo—, ¿eres insoportable! Mira a tus camaradas, ¿es que ellos tienen miedo?

Y después otro tío se echó a llorar, diciendo que si, que también él tenía miedo, y hubo tres o cuatro que se echaron a llorar también, pero creo que alguno lo hacía de broma.

Entonces el señor Rateau, vino corriendo y nos reunió a su alrededor, lo cual no era fácil a causa de los árboles. Nos explicó que debíamos portarnos como hombres y nos dijo que había montones de formas de encontrar el camino. Ante todo, la brújula, y después el sol, y las estrellas, y después el musgo en los árboles, y además él había ido ya el año pasado, conocía el camino, ¡y ya estaba bien! ¡En marcha!

No se pudo salir en seguida, porque hubo que reunir a los compañeros que se habían alejado un poco por el bosque. Había dos que jugaban al



escondite; a uno lo encontraron seguida, pero al otro

hubo que gritarle: «Cruz y raya!» para que saliera de detrás de su árbol. Había otro que buscaba setas, tres que jugaban al balonvolea, y Gualberto, que tuvo problemas para bajar del árbol al que había subido para ver si había cerezas. Y cuando todos estábamos ya e íbamos a ponernos en marcha, Bertin gritó: —Jefe! ¡Tengo que volver al campamento! ¡Se me olvidó la máquina de fotos!

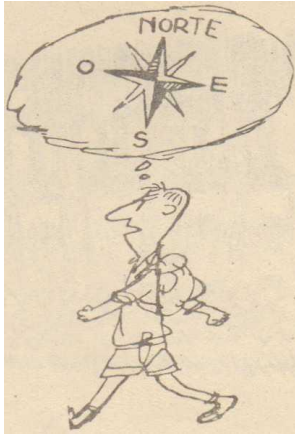
Y como Crispín se puso a hacerle burla, empezaron a pegarse, pero pararon cuando nuestro jefe de equipo gritó: «Basta ya, u os ganaréis una azotaina!» Todos estábamos muy asombrados; ¡era la primera vez que oíamos gritar así a nuestro jefe de equipo!

Marchamos mucho tiempo, mucho, por el bosque, empezábamos a estar cansados, y después nos paramos. El señor Rateau se rascó la cabeza y



después reunió a su alrededor a los jefes de equipo. Todos hacían gestos señalando en diferentes direcciones, y yo oí que el señor Rateau decía: «Es extraño, han debido de hacer cortas desde el año pasado, no puedo encontrar mis señales.» Y después, al final, se metió un dedo en la boca, lo alzó en el aire y se puso de nuevo en marcha, y nosotros lo seguimos. Es raro, no nos había

hablado de ese sistema para encontrar el camino.  
Y después, tras haber andado mucho, salimos por fin del bosque y volvimos a atravesar el



campo. Pero las vacas ya no estaban, sin duda a causa de la lluvia que había empezado caer. Entonces corrimos hasta la carretera, y entramos en un garaje, donde nos comimos nuestros bocadillos, cantamos y nos lo pasamos muy bien. Y después, cuando dejó de llover, como era muy tarde, regresamos al campamento. Pero el señor Rateau nos dijo que no se daba por vencido, que mañana o pasado mañana iríamos a la Punta de las Borrascas.

En autobús...

*Querida mamá, querido papá:*

*Me porto muy bien, como de todo, me divierto mucho y quisiera que escribierais una carta de disculpa al señor Rateau para decirle que no debo dormir siesta, como la carta que le llevé a la maestra la vez que papá y yo no conseguimos hacer el problema de aritmética,..*

(Fragmento de una carta de Nicolás a sus padres.)



## La siesta

Lo que no me gusta nada de la colonia de vacaciones es que todos los días, después de comer, hay siesta. Y la siesta es obligatoria, incluso si se inventan disculpas para no echarla. Y eso es una injusticia, vamos, digo yo; porque desde por la mañana, en que nos levantamos, hicimos gimnasia, nos lavamos, hicimos las cama: desayunamos, fuimos a la playa, nos bañamos y jugamos en la arena, no hay motivo para que estemos cansados y vayamos a acostarnos.

Lo único bueno de la siesta es que nuestro jefe de equipo viene a vigilarnos al barracón y nos cuenta cuentos para que estemos tranquilos, y eso es fenómeno. —Bien! —dijo nuestro jefe de equipo—. Todos a la cama y que yo no os oiga.

Todos obedecemos, salvo Bertín, que se metió debajo de su cama.

—Bertín! —gritó nuestro jefe de equipo—. ¡Siempre tienes que estar haciendo el payaso! ¡No me extraña nada, eres el más insoportable de la pandilla!

—Bueno, ¿y qué? —dijo Berrín—. Estoy buscando mis alpargatas, jefe.

Bertín es amigo mío, y es cierto que es insoportable; se pasa muy bien con él.

Cuando Bertin se acostó como los demás, el jefe nos dijo que nos durmiéramos y no hiciéramos ruido para no molestar a los de los otros barracones.

El jefe lanzó un gran suspiro y dijo que bueno, que de acuerdo, pero en silencio.

—Había una vez —dijo el jefe—, en un país muy lejano, un califa que era muy bueno, pero que tenía un visir malísimo...

El jefe se detuvo y preguntó:

—Quién puede decirnos qué es un visir?

Y Bertin levantó el dedo.

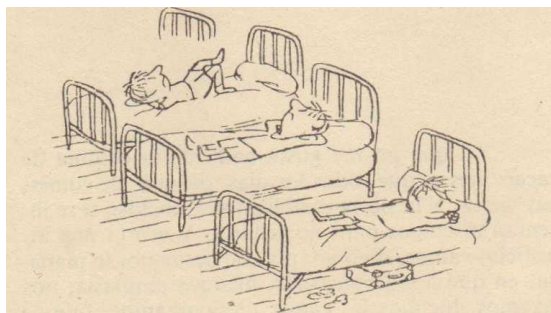
—Bien, Bertín, ¿qué es? —preguntó el jefe.

—Puedo salir, jefe? —dijo Bertín.

El jefe lo miró achicando los ojos; tomó *mucho* aire por la boca y después dijo: «Está bien, vete, pero vuelve en seguida», y Benin salió.

Y después el jefe continuó paseándose por el pasillo entre las camas y contándonos su cuento.

—Un cuento, jefe, un cuento! —gritamos



Tengo que decir que me gustan más los cuentos con vaqueros, indios o aviadores. El jefe hablaba, nadie hacía ruido y a mi se me cerraban los ojos, y después, yo iba a caballo, vestido de vaquero, con unos estupendos

revólveres de plata a la cintura, y mandaba en montones de vaqueros, porque era el *sheriff*, y los indios iban a atacarnos y había uno que gritaba: «Mirad, chicos, he encontrado un huevo!»

Me senté de golpe en la cama y vi que era Berlín, que había entrado en el barracón con un huevo en la mano. Todos nos levantamos para ir a verlo.

—Acostaos! ¡Acostaos todos! —gritó el jefe, que no parecía nada contento.

—En su opinión, jefe, ¿de qué es el huevo?

—preguntó Bertín.

Pero el jefe dijo que eso no le interesaba, y que fuera a dejar el huevo donde lo había encontrado y que volviera a acostarse. Y Berlín salió con su huevo.

Como ya nadie dormía, el jefe continuó contándonos su cuento. No estaba mal, sobre todo la parte en que el califa estupendo se disfraza para saber lo que la gente piensa de él, y el gran visir, que es terriblemente malo, se aprovecha para ocupar su lugar. Y después el jefe se paró y dijo:

—Pero, ¿qué hace ese granuja de Bertín? Crispín.

—Si quiere, jefe, puedo ir a buscarlo —dijo

—Bueno —dijo el jefe—, pero no te entretengas

Crispín salió y volvió en seguida corriendo:

—Jefe, jefe! —gritó Crispín—. ¡Bertín está en un árbol y no puede bajar!

El jefe salió corriendo y todos lo seguimos, aunque hubo que despertar a Gualberto, que dormía y no se había enterado de nada.

Bertín estaba sentado en una rama, muy arriba de un

árbol, y. no parecía muy contento.

—Ahí está! ¡Ahí está! —gritaron todos, señalándolo con el dedo.



—Si Iencio! —gritó nuestro jefe de equipo—. Bertín, ¿qué haces ahí arriba?

—Bueno —dijo Bertín—. Fui a dejar el huevo donde lo encontré, como usted me dijo, y lo había encontrado aquí, en un nido. Pero al subir se rompió una rama y no puedo bajar.

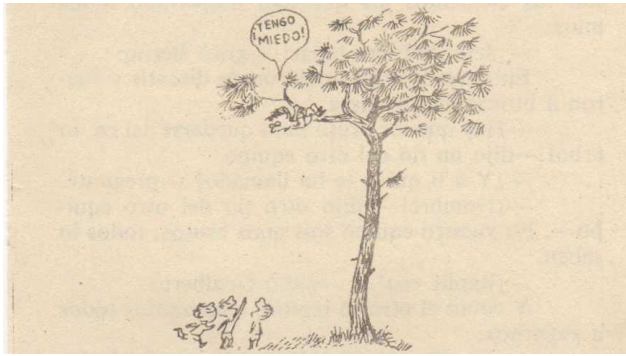
Y Bertin se echó a llorar. Tiene una voz terrible, Bertín: cuando llora se le oye de lejos. Y después se abrió el barracón de al lado del árbol y salió el jefe de otro equipo, que tenía pinta de muy enfadado.

—Tú y tu equipo hacéis todo ese ruido?

—le preguntó a nuestro jefe de equipo—. Has despertado a todos mis elementos, precisamente cuando acababa de dormirlos.

—Quitate, encima! —gritó nuestro jefe—:

¡Yo tengo uno en ese árbol!



El otro jefe de equipo miró y se echó a reír, pero no por mucho tiempo, porque todos los tíos de su equipo salieron del barracón para ver lo que pasaba. Había montones de gente alrededor del árbol.

—Entrad a acostaros gritó el jefe del otro equipo—. ¿Ves lo que has hecho? ¡A ver si cuidas mejor de tus elementos! ¡Cuando uno no sabe hacerse obedecer, más vale no estar de jefe de equipo en una colonia de vacaciones!

—Ya quisiera yo verte a ti —dijo nuestro jefe—. Y, además, tus elementos hacen tanto ruido como los míos.

—Sí —dijo el otro jefe de equipo—, pero son tus elementos los que han despertado a los míos.

—Jefe,. Quisiera bajar! —gritó Bertín.

Entonces los jefes dejaron de discutir y fueron a buscar una escalera.

—Hay que ser bruto para quedarse así en un árbol —dijo un tío del otro equipo.

—Y a ti quién te ha llamado? —pregunté.

—Hombre! —dijo otro Lío del otro equipo—. En vuestro equipo sois unos brutos, todos lo saben.

— ¡ Repite eso!... —pidió Gualberto.

Y como el otro lo repitió, empezamos todos a pegarnos.

—Eh, chicos! ¡Eh! ¡Esperada que me bajen para

empezar!—gritó Bertín—. ¡Eh, chicos!  
Y después los jefes volvieron corriendo con una escalera y el señor Rateau, el jefe del campamento, que quería saber qué pasaba. Todos gritaban, era fenómeno, y los jefes parecían muy enfadados, quizá porque Bertín no los había esperado para bajar del árbol, tanta prisa tenía por venir a divertirse con nosotros.  
—Entrad todos en los barracones! —gritó

### *Querido Nicolas*

*Esperamos que te portes bien, que comas todo lo que te den y que te diviertas mucho. En lo de la siesta, tiene razón el señor Rateau: debes reposar, debes dormir, tanto después de comer como después de cenar. Si a ti te dejaran, ya te conocemos, rico mío, querrías jugar incluso de noche. Felizmente tus superiores están ahí para vigilarte, y hay que obedecerlos siempre. En cuanto al problema de aritmética, papa dice que había encontrado la solución, pero que quería que la sacaras por *ti* solo. -*

(Fragmento de una *carta* de los padres de Nicolás a Nicolás.)

### Juego nocturno

Ayer por la noche, durante la cena, el señor Rateau, que es el jefe del campamento, hablaba con nuestros jefes de

equipo y se decían montones de cosas en voz baja, mirándonos de vez en cuando. Y luego, después del postre —mermelada de grosellas, muy buena—, nos dijeron que fuéramos a acostarnos en seguida.

Nuestro jefe de equipo vino a vernos a nuestro barracón, nos preguntó si estábamos en forma, y después nos dijo que nos durmiéramos pronto, porque necesitaríamos todas nuestras fuerzas.

—,Para qué, jefe? —preguntó Calixto.

—Ya lo veréis —dijo el jefe, y después nos dio las buenas noches y apagó la luz.

Yo comprendía perfectamente que esa noche no era como las otras noches, y vi que no podría dormirme; me pasa siempre cuando me pongo nervioso antes de acostarme.



Me desperté de pronto al oír gritos y pitidos:

—Juego nocturno! ¡Juego nocturno! ¡Concentración para juego nocturno! —gritaban fuera.

Nos sentamos todos en la *cama*, salvo Gualberto, que no habla oído nada y dormía, y Paulino, que tenía miedo y lloraba bajo su manta y no se le veía, pero se le oía hacer: «imm, mm, mm!»; pero ya lo conocemos y sabíamos que gritaba que quería irse con su papá y su mamá, como dice siempre.

Y después se abrió la puerta de nuestro barracón, entró nuestro jefe de equipo, encendió la luz y nos dijo que nos vistiéramos a toda velocidad para ir a la concentración para el juego nocturno, y que nos

abrígasenos bien con los jerseys. Entonces Paulino sacó la cabeza de debajo de la manta y empezó a gritar que tenía miedo de salir de noche, y que además sus papás no lo dejaban nunca salir de noche, y que no iba a salir de noche. -

—Bueno —dijo nuestro jefe de equipo—, pues quédate aquí.

Entonces Paulino se levantó y fue el primero en estar preparado para salir, porque decía que



tenía miedo de quedarse solo en el barracón y que se quejaría a su papá y a su mamá.

Hicimos la concentración en el medio del campamento, y como era muy tarde y estaba muy oscuro, habían encendido las luces, pero de todas formas no se veía mucho.

El señor Rateau nos esperaba.

—Queridos niños —nos dijo el señor Rateau—, vamos a hacer un juego nocturno. El señor Genou, nuestro administrador, al que todos queremos tanto, se ha marchado con un banderín. Se trata de que encontréis al señor Genou y que traigáis su banderín al campamento. Actuaréis en equipos, y el equipo que traiga el banderín tendrá derecho a una ración suplementaria de chocolate. El señor Genou nos ha dejado unas indicaciones que os

permitirán encontrarlo más fácilmente; escuchad bien: «He partido hacia la China, y delante de un montón de tres grandes piedras blancas. ...» ¿No os importaría dejar de hacer ruido cuando hablo?

Bertín guardó su silbato en el bolsillo y el señor Rateau continuó:

—«... y delante de un montón de tres grandes piedras blancas, cambié de opinión y me fui al bosque. Pero para no perderme, hice como Pulgarcito y...» Por última vez, ¿queréis dejar de jugar con ese silbato?

—Oh, perdón, señor Rateau! —dijo un jefe de equipo—, creí que ya había acabado.

El señor Rateau lanzó un gran suspiro y dijo:

—Bueno! Ahí tenéis las indicaciones que os permitirán encontrar al señor Genou y su banderín, si dais prueba de ingenio, de perspicacia y de iniciativa. Permaneced agrupados en equipos, y que gane el mejor. ¡Adelante! Y los jefes de equipo dieron montones de pitidos, todos empezaron a correr por todas partes, pero sin salir del campamento, porque nadie sabía a dónde ir.

Estábamos terriblemente contentos; jugar así, por la noche, es una aventura terrible.

—Voy a buscar mi linterna eléctrica! —gritó Calixto.

Pero nuestro jefe de equipo lo llamó:

—No os desperdiguéis —dijo—. Discutid entre vosotros para saber por dónde empezar la búsqueda. Y de prisa, si no queréis que otro equipo llegue antes que vosotros a encontrar al señor

Genou.

Creo que no había que preocuparse demasiado por eso, porque todos corrían y gritaban, pero nadie había salido aún del campamento.

—Veamos —dijo nuestro jefe de equipo—.

Reflexionad-. El señor Genou dijo que había salido

hacia China. ¿En qué dirección se encuentra ese país de Oriente?

—Yo tengo un atlas donde viene la China

—nos dijo Crispín—. Me lo regaló mi tía Rosalía por mi cumpleaños; yo habría preferido una bici.

—Yo tengo una bici estupenda en mi casa

—dijo Bertín.

—De carreras? —pregunté.

—No le hagas caso! —dijo Crispín—. ¡No cuenta más que mentiras!

—Y la torta que te voy a dar, ¿es una mentira? —preguntó Bertín;

—La China se encuentra al Este! —gritó nuestro jefe de equipo.

—Y dónde está el Este? —preguntó un tío.

—Eh, jefe! —gritó Calixto—. Este tío no es de los nuestros. ¡Es un espía!

—No soy un espía —gritó el tío—. Soy del equipo de las Águilas, ¡y es el mejor equipo de la colonia!

—Bueno, pues ve a reunirte con tu equipo

—dijo nuestro jefe.

—Es que no sé dónde está —dijo el tío, y se echó a llorar.

Era tonto el tío, porque no podía estar muy lejos su equipo, pues nadie había salido aún del campamento.

—,Por qué lado sale el sol? —preguntó nuestro jefe.

—Sale por el lado de Gualberto, que tiene su cama junto a la ventana. ¡Incluso se queja porque lo despierta!

—dijo Jonás.

—Eh, jefe! —gritó Crispín—. ¡Gualberto no está aquí!



—Es cierto —dijo. Bertín—, no se ha despertado.  
¡Duerme terriblemente, Gualberto! Voy a buscarlo. -  
—date prisa! —gritó el jefe.

Bertín salió corriendo y después volvió diciendo que Gualberto tenía sueño y no quería venir.

—Peor para él! —dijo el jefe—. ¡Ya hemos perdido bastante tiempo!

Pero como nadie había salido aún del campamento, la cosa no era grave.

- Y después, el señor Rateau, que se había quedado de pie en el centro del campo, empezó a gritar:

—un poco de silencio! ¡Jefes de equipo, poned orden!  
¡Reunid a-vuestros equipos para empezar el juego!-

- Y fue un trabajo terrible, porque en la oscuridad nos habíamos mezclado un poco. Con nosotros había un Aguila y dos Bravos. A Paulino lo encontramos pronto con los Sioux, porque reconocimos su forma de llorar. Calixto había ido a espiar a los Tramperos, que buscaban a su jefe de equipo.

Lo pasábamos estupendamente y después empezó a llover a cántaros.

—Suspendido el juego! —gritó el señor Rateau—. ¡Que los equipos vuelvan a sus barracones! Y- eso se hizo en seguida, porque afortunadamente nadie había salido aún

del campamento.

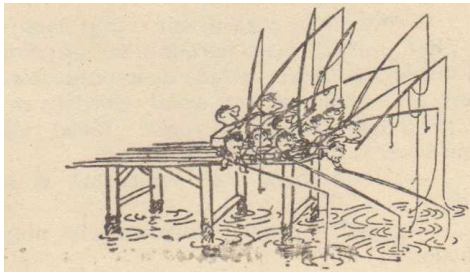
Al señor Genou lo vimos volver al día siguiente, por la mañana. encontramos su banderín, en el coche del granjero que tiene el naranjal. Después nos dijeron que el señor Genou se había escondido en el pinar. Y luego, cuando empezó a llover, se hartó de esperarnos y había querido regresar al campamento. Pero se perdió en el bosque y cayó en una zanja llena de agua. Allí se puso a gritar-y eso hizo ladrar al perro del granjero.. Y así el granjero pudo encontrar al señor Genou y llevárselo a su granja para secarlo y que pasara la noche.

¡Lo que no nos han dicho es si le habían dado al granjero la ración suplementaria de chocolate! ¡Y eso que tenía derecho! (La pesca con caña posee una innegable influencia calmante... >) Estas pocas palabras, leídas en una revista, impresionaron enormemente a Gerardo Lestouffe, el joven jefe del equipo Ojo de Lince, que pasó una noche deliciosa soñando con doce chicos inmóviles .y silenciosos, atentos a vigilar doce corchos bailoteando en las apacibles ondas...

## La sopa de pescado

Esta mañana, nuestro jefe de equipo entró en el barracón y nos dijo: «Eh, chicos! Para cambiar un poco, en vez de ir a bañarnos con los demás, ¿os divertiría ir de pesca?» «Sí!», contestamos todos. Casi todos, porque Paulino no dijo nada, desconfía siempre y quiere irse con su papá y su mamá. Gualberto tampoco dijo nada. Estaba aún dormido.

—Bien —dijo nuestro jefe—. Ya advertí al cocinero de que le traeremos pescado al mediodía. Nuestro equipo obsequiará a todo el campamento con sopa de pescado. Así, los demás equipos sabrán que el equipo Ojo de Lince es el mejor de todos. ¡Equipo Ojo de Lince!..., hip, ¡hip!



—Hurra! —gritamos todos, salvo Gualberto.

Y nuestro santo y seña, ¿cuál es...? —preguntó nuestro jefe.

—Valor! —contestamos todos, incluso Gualberto, que acababa de despertarse.

Después de la concentración, mientras los otros iban a la playa, el señor Rateau, el jefe del campamento, mandó que nos distribuyesen cañas de pescar y una lata vieja llena de gusanos. <No volváis muy tarde, que me dé tiempo a preparar la sopa!», gritó el cocinero, riéndose.

El cocinero siempre está de broma, y lo queremos mucho. Cuando vamos a verlo a la cocina, se pone a gritar: <Fuera! ¡Pandilla de mendigos! ¡Os echaré de aquí con mi cucharón! ¡Ya veréis!», y nos da galletas. Salimos con nuestras cañas de pescar y nuestros gusanos, y llegamos al espigón, hasta el extremo. No había nadie, salvo un señor gordo con un sombrero blanco que estaba pescando y no pareció muy contento al vernos.

—Ante todo, para pescar —dijo nuestro jefe—, hace falta silencio, porque si no los peces tienen miedo y se alejan. ¡Nada de imprudencias, no quiero ver a nadie caerse al agua! ¡Quedaos en grupo! ¡Prohibido bajar a las rocas! ¡Tened cuidado de no haceros daño con los anzuelos!

—ha acabado ya? —preguntó el señor gordo.

—Qué? —preguntó nuestro jefe, muy extrañado.

—Le pregunto que si ha acabado ya de hablar a grito pelado —dijo el señor gordo—. Gritando así, ¡espantaría a una ballena!

—Hay ballenas por aquí? —preguntó Bertin.

—Si hay ballenas, me voy! —gritó Paulino, y se echó a llorar, diciendo que tenía miedo y que quería irse con su papá y su mamá. Pero no se fue, el que se marchó fue el señor gordo, y más valió, porque así estábamos a nuestras anchas sin que nos molestan nadie.

—cuáles de vosotros han ido ya de pesca?

—preguntó nuestro jefe.

—Yo —dijo Atanasio—. El verano pasado pesqué un pez así de grande —y abrió los brazos todo lo que pudo. Nosotros nos reímos, porque Atanasio es muy mentiroso; incluso es el más mentiroso de todos.

—Eres un mentiroso —le dijo Bertín.

—Tienes envidia y eres idiota! —dijo Atanasio—. ¡Claro que mi pez era así! —y Bertín aprovechó que Atanasio tenía los brazos abiertos para arrearle una bofetada.

—Ya basta, vosotros dos, les prohíbo pescar!

¿Entendido? —gritó el jefe. Atanasio y Bertin se quedaron tranquilos, pero Atanasio dijo aún que ya veríamos el pez que iba a pescar, claro que sí, ¡faltaría más!, y Benin dijo que estaba seguro de que su pez sería el mayor de todos.

El jefe nos enseñó lo que había que hacer para poner un gusano en la punta del anzuelo. «Y, sobre todo, nos dijo, tened cuidado de no haceros daño con los

anzuelos.>) Tratamos todos de hacer como el jefe, pero no es muy fácil, y el jefe nos ayudó, sobre todo a Paulino: que tenía miedo de los gusanos y preguntó si mordían. En cuanto tuvo un gusano en su anzuelo, Paulino lanzó a toda prisa su sedal al agua, para alejar lo más posible al gusano. Todos habíamos metido los sedales en el agua, salvo Atanasio y Bertín, que habían enredado sus sedales, y Gualberto y Calixto, que estaban ocupados haciendo una carrera de gusanos por el espigón. «Vigilad bien los corchos!», dijo el jefe. Nosotros vigilábamos los corchos, pero no pasaba nada, y después Paulino la Hizó un grito, levantó su caña y al final del sedal había un pez. «Un pez!, gritó Paulino. ¡Mamá!», y soltó la caña, que cayó en las rocas. El jefe se pasó la mano por la cara, miró a Paulino, que lloraba, y después dijo: «Esperadme, voy a buscar la caña de ese pequeño... , de ese pequeño inútil.» El jefe bajó a las rocas, y es peligroso, porque son muy resbaladizas, pero todo salió bien, salvo que se armó un buen lío cuando Crispín bajó también para ayudar al jefe y resbaló al agua, pero el jefe pudo atrapado, y gritaba tan fuerte el jefe, que allá a lo lejos, en la playa, vimos personas que se levantaban a mirar. Cuando el jefe le devolvió la caña a Paulino, el pez ya no estaba al final del sedal. Y lo que le puso contentísimo a Paulino fue que el gusano tampoco estaba. Y Paulino estuvo de acuerdo en continuar pescando, con tal de que no pusieran otro gusano en, el anzuelo.

El primer pez lo sacó Gualberto. Gualberto estaba de suerte: había ganado la carrera de gusanos y ahora tenía un pez. Todos fuimos a mirarlo. No era muy gordo el pez, pero Gualberto estaba igualmente vanagloriándose y el jefe lo felicitó. Después Gualberto dijo que ya había

acabado, porque tenía su pez. Y se tumbó en el espigón y se durmió.



¿A que no adivináis quién sacó el segundo pez? ¡Yo! ¡Un pez formidable! ¡Realmente terrible! Sólo era un poco más pequeño que el de Gualberto, pero estaba muy bien. La lástima es que el jefe se hizo daño en el dedo con el anzuelo, al desengancharlo (es gracioso, hubiera apostado a que le iba a pasar eso). Quizá por eso el jefe dijo que era hora de volver. Atanasio y Bertín protestaron porque aún no habían conseguido desenredar sus sedales.

Al darle los peces al cocinero, estábamos algo fastidiados, porque dos peces para la sopa de todo el campamento no es quizá gran cosa. Pero el cocinero se echó a reír y nos dijo que perfecto, que justamente necesitaba eso. Y, para recompensarnos, nos dio galletas. ¡Este cocinero es formidable! La sopa era muy buena y el señor Rateau gritó: <Por el equipo Ojo de Lince!... ¡Hip, hip...!> <llurra!>, gritaron todos, y nosotros también, porque estábamos muy orgullosos.



Después le pregunté al cocinero cómo los peces de la sopa eran tantos y tan grandes. Entonces el cocinero se echó a reír, y me explicó que los peces, cuando cuecen, se hinchan. Y como es tan estupendo, me dio una tostada con mermelada.

*Muy señores míos:*

*Crispín se encuentra muy bien, y es para mí un placer decirles que estamos muy contentos con él. El niño está perfectamente adaptado y se entiende muy bien con sus camaradas. Quizá tienda un poco a hacerse el «duro» (si me permiten la expresión). Quiere que sus camaradas lo consideren como un hombre y como un jefe. Dinámico, con un sentido de la iniciativa muy acusado, Crispín tiene un vivo ascendiente sobre sus jóvenes amigos, quienes admiran, inconscientemente, su equilibrio. Tendría mucho gusto en verlos a ustedes, cuando pasen por (a región...*

*(Fragmento de una carta del señor Rateou a los padres de Crispín.)*



Crispín tiene visitas

La colonia de vacaciones donde estoy, en Campo Azul, está muy bien. Hay montones de compañeros y se pasa fenómeno. Lo único malo es que nuestros papás y nuestras mamás- no están. ¡Oh!, claro, nos escribimos montones de cartas los papás, las mamás y nosotros. Nosotros contamos lo que hacemos, decimos que somos buenos, que comemos bien, que lo pasamos en grande y que los besarnos muy fuerte, y ellos nos contestan que debemos ser obedientes, que debernos comer de todo, que debemos ser prudentes y que nos mandan muchísimos besitos; pero no es lo mismo que cuando los papás y las mamás están con uno.

Por eso Crispín ha tenido mucha suerte. Acabábamos de sentarnos a comer, cuando el señor Rateau, el jefe del campamento, entró con una gran sonrisa en la cara y dijo:

—Crispín, una gran sorpresa para ti; tu papá y tu mamá han venido a visitarte.

Y salimos todos a verlos. Crispín saltó al cuello de su mamá, y después al de su papá, los besó y ellos le dijeron que había crecido y que estaba muy tostado del sol. Crispín preguntó si le habían traído -el tren - eléctrico y todos parecían muy contentos al verse. Y después Crispín les dijo, a su papá y a su mamá:

—Estos son mis compañeros. Aquél es Bertín, el otro es Nicolás y ése es Gualberto, y después, Paulino, y después Atanasio y después los otros, y éste es nuestro jefe de equipo, y aquél es nuestro barracón, y ayer

pesqué montones de camarones.

—,Querrán compartir ustedes nuestra comida? — preguntó el señor Rateau.

—No quisiéramos molestarlos —dijo el papá de Crispín—. Vamos de paso.

—Por curiosidad, me gustaría ver lo que comen los chiquillos —dijo la mamá de Crispín.

—Con mucho gusto, querida señora —dijo el señor Rateau—. Voy a mandar recado al cocinero de que prepare dos raciones más.

Y volvimos todos al refectorio.

La *mamá* y el papá de Crispín estaban en la mesa del señor Rateau, con el señor .Genou, que es nuestro administrador. Crispín se había quedado con nosotros, estaba terriblemente orgulloso y nos preguntó si habíamos visto el coche de su papá. El señor Rateau les dijo a la mamá y al papá de Crispín que todos en el campamento estaban encantados con Crispín, que tenía montones de iniciativas y de dinamismos. Y después empezamos a comer.



—Pero, ¡si está muy rico! —dijo el papá de Crispín.

—Una alimentación sencilla, pero sana y abundante — dijo el señor Rateau.

—Quita bien la piel de tu salchichón, rico mio! ¡Y mastica bien! —le gritó la mamá de Crispín a Crispín.

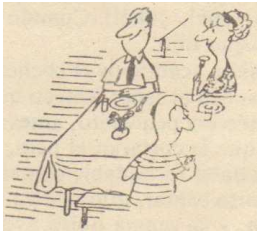
Y a Crispín no pareció gustarle que su mamá le dijera eso. Quizá porque ya se había comido si salchichón con la piel. Hay que decir que, para comer, Crispín tiene un dinamismo terrible. Y después, nos dieron pescado.

—Es mucho mejor que el del hotel dondę estábamos, en la Costa Brava! —explicó el papá de Crispín—. Allí, el aceite...

—Las espinas! ¡Cuidado con las espinas, rico mío! —gritó la mamá de Crispín—. ¡Acuérdate de cómo lloraste en casa el día que te tragaste una!

—No lloré! —dijo Crispín, y se puso muy colorado; aún parecía más quemado por el sol que antes.

Tomamos él estupendas, y después el señor Rateau dijo:



—Después de comer, tenemos la costumbre de cantar algunas canciones..

Y después el señor Rateau se levantó, y nos dijo:

—Atención!

Movió mucho los brazos, y cantamos eso de las liebres que corren por el mar, y luego después, la del barquito chiquitito, y sacamos pajitas a ver a quién se comían, ¡ohé! ¡Qhé!, y el papá de Crispín que parecía pasarlo bien, nos ayudó; ¡es formidable en los -johé!, ¡jobé!!

Cuando acabamos, la mamá de Crispín dijo:

.—Cariñín, ¡cántanos el cocherito!

Y le explicó al señor Rateau que Crispín cantaba eso cuando era pequeño, antes de que su papá insistiera en

que le cortaran el pelo, y era un lástima porque estaba formidable con sus bucles. Pero Crispín no quiso cantar, dijo que ya no se acordaba

de la canción, y su mamá quiso ayudarle:

—Un cocherito, leré, me dijo anoche...

Pero ni siquiera así, Crispín no quiso, y no tenía pinta de muy contento cuando Bertín se echó a reír. Y después el señor Rateau dijo que ya era hora de levantarse de la mesa.

Salimos del refectorio, y el papá de Crispín preguntó qué hacíamos normalmente a esa hora.

—Echan la siesta —dijo el señor Rateau—, es obligatorio. Tienen que reposar y relajarse.

—Muy juicioso —dijo el papá de Crispín.

—Yo. no quiero echar la siesta —dijo Crispín— ¡quiero quedarme con mi papá y con mi mamá!

—Claro, rico mío —dijo la mamá de Crispín—, estoy segura de que el señor Rateau hará hoy una excepción contigo.

—Si él no echa la siesta, ¡yo tampoco! —dijo Bertín.

—Me importa un pepino que no eches la siesta —contestó Crispín—. Yo, en todo caso, ¡no la echaré!

—Y por qué no vas a echar la siesta, si me haces el favor? —preguntó Atanasio.

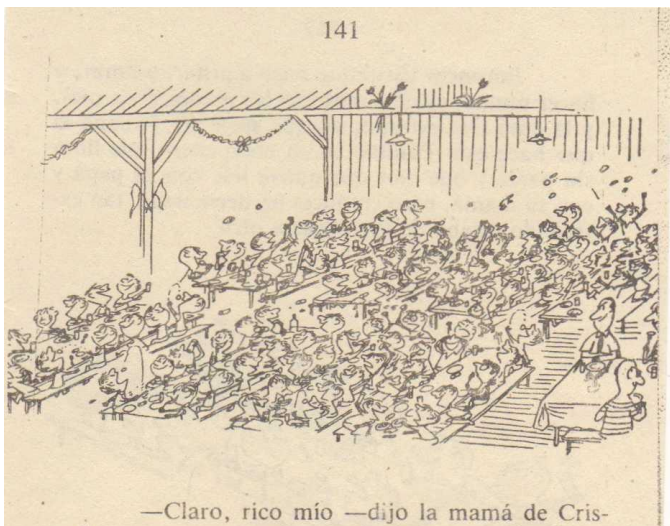
—Sí —dijo Calixto—, si Crispín no echa la siesta, nadie echa la siesta.

— por qué no voy a echar yo la siesta?

—preguntó Gualberto—. Yo tengo sueño, y tengo derecho a echar la siesta, aunque ese imbécil no la eche.

—¿Quieres una torta? —preguntó Calixto. Entonces, el señor Rateau, que pareció enfadado de repente, dijo:

—Silencio! ¡Todos echarán la siesta! ¡Y san se acabó!



—Claro, rico mío —dijo la mamá de Cris-

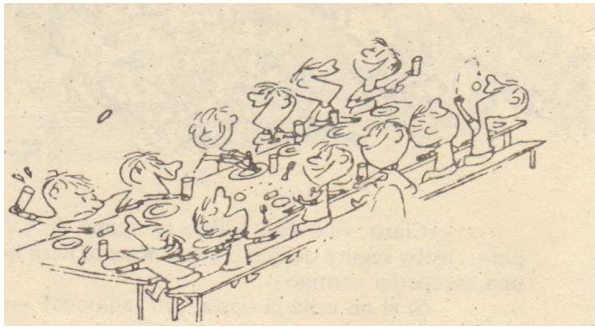
Entonces Crispín se puso a gritar, a llorar, a hacer montones de gestos con las manos y los pies, y la cosa nos extrañó, porque suele ser Paulino el que hace eso. Paulino es un compañero que llora sin parar y que dice que quiere irse con su papá .y con su mamá, pero entonces no decía nada, tan extrañado estaba de ver llorar a otro.

El papá de Crispín pareció fastidiado.

—De todas formas —dijo—, tenemos *que* marcharnos en seguida, si queremos llegar esta noche, como pensábamos...

La mamá de Crispín dijo que en realidad eso sería lo más prudente. Besó a Crispín, le dio montones de consejos, le prometió montones de juguetes;, y después le dijo adiós al señor Rateau.

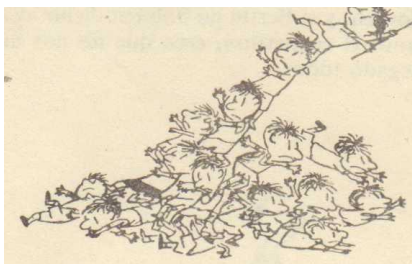
—Se está muy bien aquí —dijo—. Pero creo que los niños, lejos de sus padres, están un poco nerviosos. Sería bueno que los padres vinieran a verlos con regularidad. Eso los tranquilizaría, les devolvería su equilibrio al encontrarse en el ambiente familiar.



Y después nos fuimos a echar ¡a siesta. Crispin ya no lloraba, y si Bertín no hubiera dicho «Cariñín, cántanos el cocherito, creo que no nos hubiéramos pegado todos.

Las vacaciones se terminan, y va a haber que irse de la colonia. Es triste, claro, pero-los niños se consuelan pensando que sus padres estarán muy contentos de verlos. Y, antes de la marcha, ha habido una gran fiesta de despedida del Campo Azul. Cada equipo hizo alarde de sus talentos; el de Nicolás cerró la velada haciendo una *pirámide humana*, En la *cima* de la pirámide, uno de los jóvenes gimnastas agitó el banderín del equipo Ojo de Lince, y todos lanzaron el grito de llamada: Valor! »

Valor que todos tuvieron en el momento de las despedidas, salvo Paulino, que lloraba y gritaba que quería quedarse en el campamento.



Recuerdos de vacaciones

Ya volví de las vacaciones; estaba en una lonja y era estupendo.

Cuando llegamos en tren a ¡a estación, allí estaban todos los papás y todas las mamás esperándonos. ¡Era formidable! Todos gritaban, había algunos que lloraban, porque aun no habían encontrado a sus mamás y a sus papás, otros que reían porque los habían encontrado, los jefes de equipo que nos acompañaban pitaban para que estuviéramos en fila, los empleados de la estación pitaban para que los jefes de equipo no pitaran, tenían miedo de que hicieran salir los trenes, y después vi a mi papá y a mi mamá, y eso fue tan estupendo, que no puedo contároslo. Salté a los brazos de mamá., y después a los de papá, nos besamos, me dijeron que había crecido, que estaba muy moreno, y mamá tenía los ojos mojados, y papá reía suavemente, haciendo «je, jex’, y me pasaba la mano por el pelo, yo empecé a contarles mis vacaciones, y nos marchamos de la estación, y papá perdió mi maleta.

Estaba contento de volver a casa, huele bien, y además mi habitación con todos los juguetes, y mamá se fue a preparar la comida y eso es fenómeno, porque en la colonia se comía bien, pero mamá cocina mejor que nadie, e incluso cuando le sal? mal un pastel, es mejor que cualquiera otra cosa que hayáis comido. Papá se sentó en un sillón a leer su periódico, y yo le pregunté:

—Y, ¿qué hago ahora?

—No sé —dijo papá—, debes de estar cansado del viaje, ve a descansar a tu cuarto.

—Pero no estoy nada cansado —dije.

—Entonces, vete a jugar —me dijo papá.

—Con quién? —dije.

—Con quién, con quién, ¡vaya una pregunta! —dijo papá—. Con nadie, supongo.

—No sé jugar sola —dije—, es una injusticia, en la colonia éramos montones de chicos y siempre había cosas que hacer.

Entonces papá dejó el periódico en las rodillas, me miró con cara de pocos amigos, y me dijo:

«Ya no estás en la colonia ahora, y ¡m vas a hacer el favor de irte a jugar tú solito!» Entonces me eché a llorar, mamá salió corriendo de la cocina, y dijo:

«Empezamos bien», me consoló y me dijo que me fuera a jugar al jardín mientras esperaba la comida, que quizá podría invitar a María Eduvigis, que acababa de volver de vacaciones. Entonces salí rápido mientras mamá hablaba con papá. Creo que hablaban de mí, están muy contentos de que haya vuelto.

María Eduvigis es la hija de los Courteplaque que son nuestros vecinos, El señor Courteplaque es jefe de la sección de zapatos en los almacenes del «Pequeño Ahorro», tercer piso, y discute a menudo con papá. Pero María Eduvigis es estupenda,, aunque sea niña. Y estuve de suerte, porque cuando salí a nuestro jardín vi a María Eduvigis que jugaba en el suyo.

—Hola, María Eduvigis, ¿vienes a jugar conmigo al jardín? —le dije.

—Si —dijo María Eduvigis, y pasó por el agujero del seto que papá y el señor Courteplaque no quieren arreglar, porque cada uno dice que el agujero está en el

jardín del otro. María Eduvigis,



desde que la vi por última vez antes de las vacaciones, se ha puesto muy morena, y con sus ojos muy azules y su pelo muy rubio, hace muy bonito. No, realmente, aunque sea niña, María Eduvigis es estupenda.

—Lo pasaste bien en vacaciones? —me preguntó María Eduvigis.

—Formidable! —le dije—. Estaba en una colonia, había equipos, y el mío era el mejor, se llamaba Ojo de Lince, y yo era el jefe.

—Yo creía que los jefes eran personas mayores —me dijo María Eduvigis.

—Sí —dije yo—, pero yo era el ayudante del jefe, no hacía nada sin preguntármelo. El que mandaba realmente era yo.

—Y había niñas en la colonia? —me preguntó María Eduvigis.

—Pchs! —contesté—, claro que no, era demasiado peligroso para una niña. Hacíamos cosas terribles y, además, yo tuve que salvar a dos que se ahogaban.



—Estás contando mentiras —me dijo María Eduvigis.

—Cómo, mentiras? —grité—. No eran dos,, eran tres,,se me olvidaba uno. Y además, pescando fui yo el que ganó el concurso, saqué un pez así —y aparté tanto los brazos como pude, y María Eduvigis se hecho a reír como si no me creyera. Y eso no me gustó; es cierto, con las niñas no se puede hablar Entonces le conté la vez que había ayudado a la policía encontrar a un ladrón que había venido a esconderse en el campamento, y la vez en que nadé hasta el faro y volví, y todos estaban muy preocupados, pero cuando llegué a la playa, todos me felicitaron y me dijeron que yo era un campeón terrible, y después, también, la vez en que todos los i compañeros del campamento se habían perdido en la selva, llena de fieras salvajes y, yo los había encontrado.

—Yo —dijo Maria Eduvigis— estuve en la playa con mi mamá y mi papá, y tenía un amiguito que se llamaba Juanito y era formidable dando volteretas...

—María Eduvigis! — -gritó la señora Courteplaque, que había salido de la casa—. ¡Vuelve en J seguida, la comida está puesta!

—Ya te contaré después —me dijo María Eduvigis, y se marchó corriendo por el agujero del seto.

Cuando volví a casa, papá me miró, y me dijo: «¡Qué, Nicolás, has visto a tu amiguita? ¿Estás de mejor humor ahora?» Entonces yo no contesté, subí corriendo a mi cuarto y le di una patada a la puerta del armario.

Es cierto, claro, a fin de cuentas, ¿por qué María Eduvigis tiene que contarme montones de mentiras sobre sus vacaciones? Ante todo, no me interesa nada. ¡Y, además, su Juanito es imbécil y feo!

